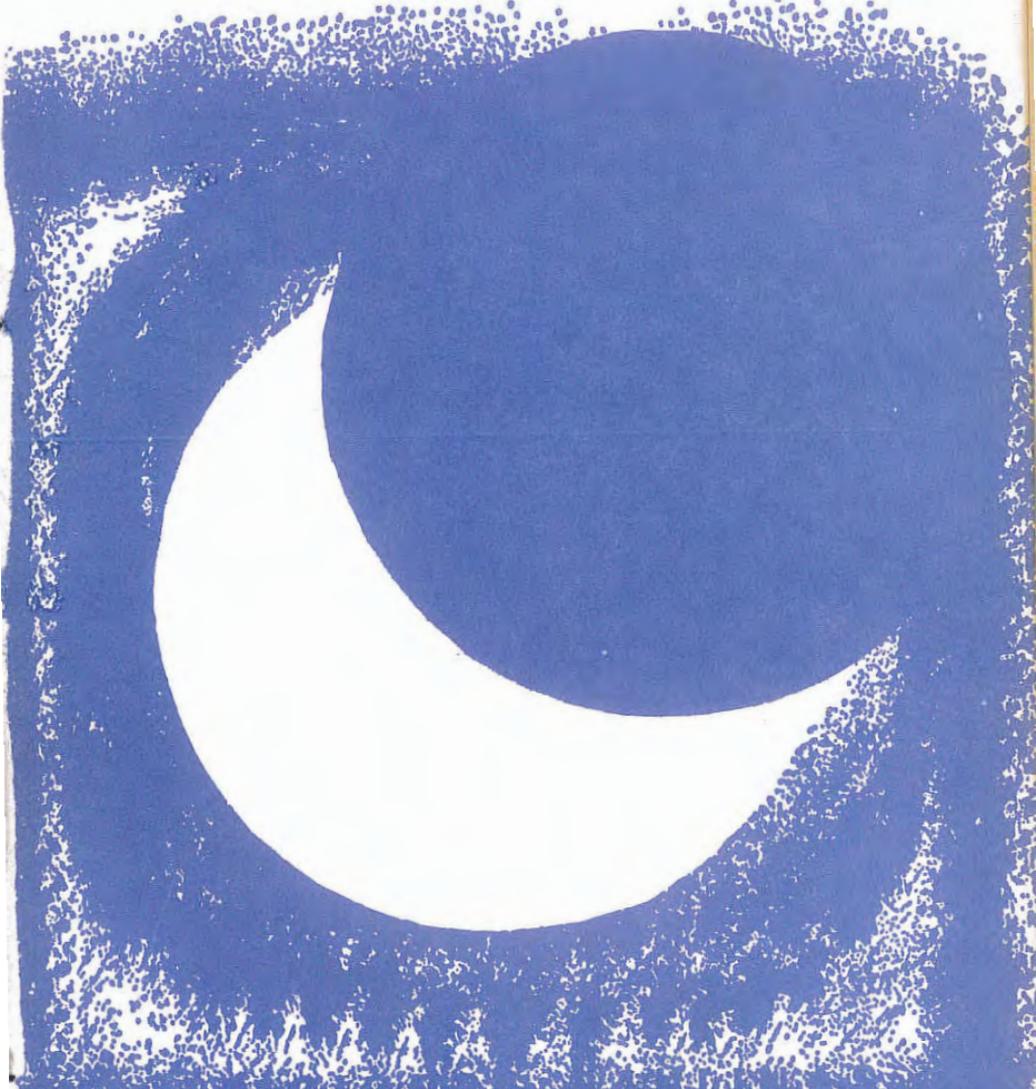


BENIGNO JUANES, s.j.

ALABANZA 5 COMUNITARIA



EDICIONES PAULINAS

ALABANZA COMUNITARIA

ALABANZA COMUNITARIA

BENIGNO JUANES, s.j.

ALABANZA COMUNITARIA

EDICIONES PAULINAS

Con las debidas licencias

© EDICIONES PAULINAS

Impresor: Pía Sociedad de San Pablo

Vicuña Mackenna 10.777, La Florida

Julio 1982

Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

Los frutos de la Renovación Carismática, que ya comienza a aparecer abundantemente en la Iglesia, dependen, en gran parte, de la vitalidad de los grupos de oración.

La fuerza transformadora de los grupos de oración, que se dejan usar por el Espíritu de Cristo, es enorme a nivel personal, comunitario, estructural. Por eso, el simple conocimiento, se convierte en una seria responsabilidad. No se trata de grupos piadosos unidos por el amor mutuo. La realidad supera inmensamente esta concepción.

Esto es lo que pretendemos con este opúsculo: descubrir la dinámica de los grupos de oración.

La fuerza del Espíritu, que en ellos actúa es ilimitada. Sería lamentable cercenar este poder por una mala comprensión o por un perezoso contentarse con la mera reunión de personas "que están en la misma onda espiritual". No tardarían en languidecer y aun morir.

En este folleto sobre los grupos de oración nos limitamos a algo tan fundamental como la "alabanza". Sin minusvalorar los demás elementos que integran los grupos, es aquí donde se halla la mayor energía y fuerza transformadora. El poder del Espíritu actúa con especial eficacia en las comunidades de oración plenamente abiertas a la alabanza.

I

LOS GRUPOS DE ORACION

Testimonio

“Lo digo plenamente convencido: los grupos de oración cambiaron totalmente mi vida. Fue en la primera reunión carismática de oración en la Universidad de Notre Dame, donde el Señor me “asíó”, me sacudió y me liberó de las dudas y de la tristeza que me habían oprimido durante años enteros. Desde aquellos atardeceres de marzo de 1967, las reuniones semanales de oración han sido el contexto en que mi vida ha caminado hacia el Señor y crecido cristianamente. El grupo de oración me puso en comunicación con hombres y mujeres que se preocuparon fraternalmente de mí. Con ellos aprendí a alabar al Señor libremente; crecí en el conocimiento de cómo uno es guiado por el Señor; comencé a descubrir cómo servir desinteresadamente a los demás y cómo permitir a otros amarme, animarme, corregirme. A medida que yo iba cerciorándome de que era aceptado en el grupo de oración como un hermano, iba realizándose en mí la curación de un permanente sentimiento de propio rencor. La sanación ya terminó. El Señor se ha valido de los grupos de oración para transformar todo en mi vida. Y me parece que esto mismo les está ocurriendo a miles de hermanos. El Señor está usando la dinámica espiritual de los grupos para conducir a su pueblo hacia el amor a El y para ayudarlo en su espiritual crecimiento” (Bert Ghezzi, tomado de: Build with the Lord, Ann Arbor, Michigan, 1976, 8).

1. El grupo de oración

Un grupo de oración “es una reunión de personas que, ordinariamente, tiene lugar una vez por semana; varía desde unos pocos hasta varios centenares. No se reúnen para discutir sobre teología, ni para estudiar las Escrituras, ni para comprometerse en programas de actividad social de la Iglesia, aunque puedan estar envueltos en una o más actividades, fuera del tiempo de oración. Se reúnen en comunidad para alabar a Dios, darle gracias, pedir perdón por sus propios pecados, con sincera humildad, para presentarle sus peticiones, para escuchar la voz de Dios y para elevar sus voces en cantos sagrados”¹.

2. La alabanza

Nacidos bajo el impulso del Espíritu Santo, los grupos de oración son grupos de alabanza. Sin excluir otros aspectos de la oración y otros elementos, ésta, sin duda, es la que les da relieve especial.

La alabanza es la respuesta a la exigencia suprema de la creación y redención del hombre, que ha tenido su origen en el amor de Dios infinitamente gratuito.

Por la alabanza nos volvemos hacia el Señor para reconocerle en todas las maravillosas realidades que constituyen su ser infinito y su obra de salvación: creador, señor, padre, perdonador, salvador, santificador, dador de todo bien... Lo reconocemos como tal, desde el fondo de nuestro ser de criaturas y queremos ponernos ante él con “amor filial” para tributarle el culto de adoración en amor, unidos en una comunidad fraterna².

Por la alabanza anhelamos situarnos frente a El en nuestro puesto: el de criaturas y de hijos, dependientes

en todo de El: de su paternidad amorosa, de su poder, de su providencia, de su perdón... Nada hay que deseemos quede sustraído al derecho y a las exigencias de ser El nuestro Creador, nuestro Salvador, nuestro Padre.

Por eso se le alaba por todo “desde la presente situación, desde las preocupaciones de la vida”. La expresión que domina, sobre todo, en los grupos carismáticos es la “alabanza”.

Hay otra realidad tan cercana a ella, que puede tomarse como equivalente: la acción de gracias.

La oración de súplica tiene allí su puesto, pero no se halla tan en primer plano. Volviendo a lo expuesto más arriba, nos parece que esta peculiaridad es consecuencia natural de ir captando la realidad de Dios Padre: toda su grandeza, su bondad, su poder, su amor... De algún modo, el alma va descubriendo, por la acción del Espíritu, la “infinitad” de Dios y lo expresa en balbuceos sencillos y espontáneos, llenos de amor y de reverencia. El culto de adoración de la creatura y del hijo se expresa en el acto sencillo de una alabanza que se hace comunitaria porque se realiza en común, pero en una unión de ideales y sentimientos, desde la profundidad misma del ser, donde Dios es “más íntimo que mi propia intimidad”. Dios en la infinitad de su amor y de su ternura, abraza al alma, con el afecto desbordante del Padre por excelencia, aunque el alma no llegue a percibir siempre esta realidad. La comunidad, reunida con una misma intención, está inundada, como en atmósfera radiante de luz, por la presencia del mismo Señor glorificado y se ve guiada, interiormente, por el mismo Espíritu que actúa en ella con poder.

El P. Casanova resume muy bien: “Nunca se insistirá demasiado en que las reuniones de oración son reuniones para proclamar la grandeza y el poder de Dios, es decir, *donde la oración predominante es la oración de alabanza y de acción de gracias.*”

Adorar al Señor es la actitud normal de la criatura frente a Dios, reconociendo su absoluta superioridad. La adoración se centra en Dios mismo. Es como perderse en El. Es una forma de contemplación. Se adora a Dios porque es Santo, porque es Dios.

La reunión de oración es precisamente esto: Una comunidad que tributa adoración y glorificación a su Dios. El modelo de esta oración lo encontramos en los salmos, en los que el hombre, extasiado por las maravillas del Creador, prorrumpe en una adoración y un himno de alabanza. Los cánticos de loor a Dios en la Sagrada Escritura describen ante todo la grandeza y la misericordia de Dios, su justicia, su amor y fidelidad; su gloria y su fuerza omnipotente; sus maravillosos designios y sus rectos juicios.

“Existe una íntima conexión entre la oración de alabanza, la de adoración y la de acción de gracias; de ahí que esta última sea típica característica en las reuniones de oración. Paralelamente a la oración de adoración y alabanza brota espontáneamente la oración de acción de gracias”³.

“Es mérito del movimiento carismático —repetimos con el P. Granada— haber actualizado, extendido y popularizado, haciéndola asequible a toda clase de gente, la oración de alabanza. Se trata de un verdadero descubrimiento en la línea de la oración. Junto a la renovación de los carismas, es la oración de alabanza una de las grandes aportaciones del movimiento carismático a la espiritualidad eclesial de nuestros días (...). Es como haber entrado en una dimensión nueva de la vida de oración, no ya sólo en el aspecto comunitario en el que se le ha descubierto, sino en la realización privada y personal, en la que, por medio de la oración de alabanza, se encuentra y se vivencia un enriquecimiento notable y como sabor nuevo”⁴.

El hecho de que en los grupos de oración predomine, en importancia y en tiempo, la alabanza, no los con-

vierte en una reunión monótona que pueda llegar a hastiar a los participantes. Esto sucedería si se cayera en el formulismo, en un alabar sin espíritu.

La entrega total a adorar, alabar y dar gracias al Señor, el enriquecimiento progresivo que se va manifestando a medida que los grupos maduran espiritualmente, la conciencia, más y más sensibilizada de la presencia y de la actuación del Espíritu, hace que esta parte de la oración, a través de las semanas, resulte fresca, nueva y atractiva. Los orantes se sumergen en Dios y ahí es donde encuentran la atracción que los hace anhelar por la llegada de la oración comunitaria. Esta oración se viene a convertir en una necesidad, por el deseo de comunicarse personalmente, con el Señor en unión íntima con sus hermanos. He aquí una obra admirable del Espíritu: suscitar esta hambre espiritual de relacionarse comunitariamente con el Señor.

Sin embargo, puede deslizarse el grupo hacia el formulismo; hacia una oración que ha perdido la densidad de su amor y de su unión. Aquí está un peligro que amenaza con hundirlo en la rutina, en el cansancio y agotamiento espiritual. Sobre él han de estar suavemente alerta los servidores de los grupos.

Además, la variedad puede ponerse a salvo; se echa mano de elementos que aportan nuevos motivos de alabanza, la intensifican y elevan. Los cantos apropiados al ritmo de la oración, introducidos en el momento oportuno, juegan un papel fundamental.

La adoración llamada "palabra de alabanza", donde todos alaban en voz alta, moderada y al unísono, aun empleando el don de "lenguas", ha pasado a ser un elemento típico de los grupos de oración. Cuando se logra una cálida y suave concordancia, sin estridencias de voces que sobresalen robando la atención al grupo, resulta un coro admirable, abierto en expresión íntima a la alabanza en la totalidad de la comunidad.

El "canto en lenguas" es un don hermoso de alabanza. El alma se siente elevada en una forma nueva e inefable. Son momentos en que, dentro de una profunda paz interior, se percibe la presencia del Señor y su acción en la asamblea con un relieve especial. No olvidemos que el principal autor es el Espíritu Santo. Por eso, los medios que se utilicen, no pasarán de ser cooperaciones o preparación del camino a su obra. Y aun en la acción humana El también se halla presente suscitándola o iluminando las facultades humanas. Cada participante debe sentirse responsable de la maduración progresiva del grupo y de la legitimidad y profundidad de la alabanza. Para eso no basta con la mera presencia ni con la expresión exterior de su adoración. Es necesario formar una íntima comunidad de amor, unidos todos en el Señor, abiertos a su acción, solidarios de la alabanza ajena y exentos de todo impedimento que frene la acción del Espíritu.

Finalizamos este capítulo con una conclusión que nos parece exacta y alentadora: "Me atrevo a decir que la Renovación carismática ha redescubierto lo que era elemento vital en la vida de las comunidades de la primitiva Iglesia y que tiene algo que decir a toda comunidad que busque una vida cristiana profundamente vivida"⁵.

II CUALIDADES

Testimonio

“Oí hablar a la Hermana y a otros cristianos, que visitaban nuestro grupo de oración, sobre el Bautismo en el Espíritu Santo. Sus explicaciones barrieron muchos de mis prejuicios; pero la oportunidad que me transformó fue la primera conferencia sobre Renovación carismática, tenida en Nairobi en agosto de 1975. Todos nosotros asistimos y ¡qué cambio se operó! Algunos de nuestro grupo de oración experimentaron curación física y muchos, incluyéndome yo, fuimos bautizados en el Espíritu”.

“Una señora de Nigeria oró sobre mí y, mientras lo hacía, comencé a sentirme tan ferviente, con una vida vibrante que casi llegué a temer incendiar lo que tocara. Deseaba cantar, danzar, perdurar en el amor reverencial del Padre hacia mí. Y anhelaba decir a todos cuánto los amaba el Señor”.

“A partir de este día, Dios me pareció mucho más accesible que antes. Sentía que ya no andaba alrededor de algo, sino que El realmente vivía en mí. El Bautismo en el Espíritu Santo suscitó en mí una sed inextinguible de conocerlo mejor. Me introdujo profundamente en las Sagradas Escrituras, de un modo parecido al transeúnte que ha permanecido, durante años en el desierto, y de improvisado da con un manantial de agua viva. Desde que tuve estas experiencias del desierto, la palabra de Dios me ha ayudado mucho a conocer mejor a Dios, Padre celestial y también ha suscitado en mí un gran deseo de servir a su pueblo” (Tomado de la revista *New Covenant*, may, 1977, 32-33; con algunas omisiones respecto del original).

1. Una oración carismática

Es “carismática” no sólo porque en el grupo de oración surgen, se desarrollan y se emplean los carismas, sino, sobre todo, porque *“los participantes en ella permanecen totalmente abiertos y disponibles al Espíritu Santo”*¹.

En ellos el Espíritu se hace presente y activo, si no se obstaculiza su obra. Se invoca directa o indirectamente su acción para una efusión siempre nueva y más profunda.

El Espíritu del Señor es quien va edificando la pequeña comunidad eclesial con su poder en el amor y el servicio, a través de su acción interior y la efusión de sus carismas.

Por la fuerza del Espíritu cada uno de los participantes en los grupos de oración pone humildemente sus dones naturales y sus carismas al servicio desinteresado de sus hermanos: el de alabanza, el de dirigir, el de servir por el canto, el de profetizar... No es el propio provecho lo que está en primer lugar, aunque también él resulte beneficiado; es el de la comunidad reunida en el nombre del Señor; su edificación en amor y servicio.

Por eso cada uno tiene su propia responsabilidad frente a los demás y no debe serle indiferente ni el motivo porque asiste, ni la actitud que toma en el grupo, ni el fervor con que participa, ni la discreción con que actúa, ni la abertura al Espíritu.

Los carismas, “manifestación de que Dios está formando y edificando su pueblo”, irán surgiendo gradualmente. Son la floración del Espíritu del Señor. Si El está presente y actuante en la comunidad, se hará sentir también en sus dones. Cada participante y los servidores o dirigentes de los grupos tienen su propia responsabilidad que “han de cumplir con toda discreción: sin prisas y sin retardamientos; sin ansias ni indiferencia..., en la hora y modo del Señor”.

“Estos resultados no se consiguen por sólo agrupar personas piadosas en un solo local. Tiene que haber unidad entre ellas, la cual no obedece a cálculos humanos. Tiene que ser unidad de amor, por lo que es de suma importancia que todo lo que se exprese esté inspirado por el amor. Y yendo más al fondo, la unidad proviene de Cristo, quien está presente dirigiendo la asamblea por medio de su Espíritu. Sin duda, el principal apoyo de las asambleas son las palabras del Señor: ‘Donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo Yo en medio de ellos’ (Mt. 18, 20)”².

2. Una oración comunitaria

Lo es por diversas razones y por los variados elementos que entran en juego para alabar al Señor en comunidad.

Se la designa “comunitaria”, recordando el motivo que vivifica la oración: la alabanza de las personas; a ella se adhieren todos y cada uno, en la unidad de Cristo Jesús, congregados por el Espíritu.

“La alabanza comunitaria se ha convertido en el distintivo de los grupos de oración por una buena razón, dice J. Cavnar. Esta forma de oración permite al grupo orar juntos (o asociarse) en una forma activa creando un espíritu de unidad. Si en nuestros grupos fuéramos a rezar sólo en silencio o por medio de oraciones ya establecidas, nos empobreceríamos grandemente”³.

Este orar comunitario no supone desestimar alguna por la oración individual y silenciosa. Al contrario, la experiencia nos enseña que la oración comunitaria lleva pronto o hace reencontrar la oración individual perdida. Al mismo tiempo, ésta, hecha con una nueva conciencia y fervor, enriquece enormemente la oración comunitaria.

La asociación a la comunidad orante puede entenderse en una realidad doble: Unirse interiormente a la oración espontánea que las personas, deseosas de alabar al Señor, van expresando cada una por separado, individualmente, en un orden discreto, no preestablecido de antemano. Esta unión íntima supone centrarse en la oración que el hermano expresa al Señor; es un orar con el corazón, como si desde el fondo del ser se le dijera: “Lo que mi hermano te dice, Señor, eso quiero yo decirte también”. “Su alabanza, la hago mía y te alabo como él”. No hemos, por tanto, de ir caminando nuestro propio y privado camino: prescindir de lo que está ocurriendo, a mi alrededor, desentenderme de las alabanzas de los demás y alabar yo, por mi cuenta, al Señor, al margen de lo que oigo.

En la reunión de oración, la oración de cada uno debe ser escuchada y *participada* por todos los hermanos. *No se asiste para aislarse en la intimidad del corazón con el Señor*. Para eso deben existir otros momentos. En la reunión de oración actuamos abiertamente para que nuestros hermanos se unan a ella. La oración compartida es una bendición para todos los que participan en una reunión”⁴.

Lo importante y que debe quedar bien claro es el sentido profundo de la oración “carismática”: la apertura y disponibilidad al Espíritu por parte de los congregados; la acción especial del Señor glorificado, presente y actuante en la asamblea reunida en su nombre, por el Espíritu. Esta realidad, henchida de la verdad más alentadora, implica, fundamentalmente, una invocación insistente y humilde al Padre o a Cristo para una Efusión “siempre nueva y más profunda” del Espíritu. Supone, igualmente, tratar, sin tensión, de superar en humildad todos los bloqueos interiores: inhibiciones, falsas interioridades, temores de quedar mal, deseos de exhibición, complejos de timidez o de superioridad, prejuicios contra la sencillez de la alabanza... Al comienzo es todo un muro compacto el que a muchos le impide fuertemen-

te alabar al Señor. Las dificultades iniciales se van superando. No hay que extrañarse de este fenómeno. Tan ajenos estábamos a una verdadera alabanza comunitaria expresada en voz alta ante nuestros hermanos con palabras que brotan, no de la pura mente, sino del corazón, lleno del Señor.

3. Una oración trinitaria

La Renovación carismática es esencial y “conscientemente” trinitaria. Por eso, en la oración comunitaria está presente toda la Trinidad. La oración carismática se dirige a todas y a cada una de las Personas, aunque desde una visión distinta. Se alaba al Padre por medio de Cristo, presente en la comunidad reunida en su nombre, en el Espíritu. Partiendo de una conciencia muy pronunciada de la cercanía del Señor, se invoca al Espíritu Santo para que El nos capacite a expresar nuestra alabanza al Padre. Es, pues, una oración trinitaria en comunidad, es una alabanza trinitaria “vívida comunitariamente”.

Los participantes no suelen hacer problema en dirigir su alabanza al Padre o a Cristo, o al Padre en o por medio de Cristo. Se dirigen indistintamente a uno y a otro.

Especificando brevemente la oración trinitaria, podemos dar estos rasgos generales:

3.1. Alabanza al Padre

La alabanza se dirige al PADRE. Al Padre se intenta “alabar y glorificar dejando en segundo plano necesidades y preocupaciones personales”.

No se hace sino seguir el ejemplo de Cristo que repetidamente se dirigía al Padre en una sencillez y amor filial conmovedor: “Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios (según el mundo) y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla...” (Mt. 11, 25 ss.).

Este carácter “paternal” de la oración “carismática”, no sólo se acomoda a la práctica y enseñanza de Cristo, sino que está en íntima relación con el ser mismo y el actuar salvífico del Padre. Es la “infinitud” de su ser, una realidad viva de amor creador y redentor, de providencia que todo lo abarca, de bondad siempre fiel y perdonadora, de presencia inefable y dinámica que todo lo llena y se deja sentir en lo íntimo del ser humano.

Por eso, la sencillez de las formulaciones aportan, frecuentemente, tesoros de teología: “Te alabo, Padre mío, porque eres bueno”. “Padre, eres maravilloso; tu ser y tus obras son inefables: te alabo y te bendigo”. “Padre, eres Señor de todos y tu bondad cae sobre nosotros constantemente”.

Así la oración carismática dirigida al Padre, *lo pone en el “centro mismo de la comunidad orante y en el “centro” del corazón que se expresa en alabanzas.*

Alabar al Padre “es la actitud normal de la criatura frente a Dios, reconociendo su absoluta superioridad (y la fuente inagotable de todo bien). La adoración se centra en Dios mismo. Es como perderse en El. Se adora a Dios porque es santo, porque es Dios. La reunión de oración es, precisamente, esto: Una comunidad que tributa adoración, glorificación a Dios (Padre celestial)”⁵.

Y Dios Padre llega a ser para el grupo de oración carismática, un Dios “inmensamente cercano; Dios Padre que nos envuelve con su presencia bienhechora y salvífica”. Y para que esta alabanza al Padre sea más sincera, el hombre quiere purificar su corazón; se acerca a lo más profundo de Dios y anhela relacionarse con El en todo acatamiento y amor.

3.2. Oración por Cristo

La oración de alabanza en los círculos de oración carismática se dirige igualmente a Cristo. El hecho de la invocación al Señor Jesús ha pasado a ser un aspecto típico de la Renovación. No en vano lo han aceptado en sus vidas, profunda y definitivamente, como a su Señor y Salvador.

Desde el momento en que el individuo y el grupo, como tal, creen en su Palabra (Mt. 18, 20) y lo admiten como el centro de la asamblea de oración, El también pasa a ser, de hecho, el que domina. No sólo en virtud de su promesa de hallarse donde hay dos o más congregados por causa de su Persona, sino más aún por el hecho de que él, en verdad, es la cabeza visible de la comunidad unida a la Humanidad resucitada de Cristo (Rom. 6, 4-5); formando con él un solo cuerpo (1 Cor. 12, 12) y en el que participan de la plenitud de su vida por el Espíritu (Col. 2, 9; Ef. 1, 22-23).

Con esta persuasión, el grupo de oración se lanza a invocarlo, a alabarlo con todo su ser. “La atención se dirige *totalmente* hacia la persona de Cristo. Todas las actividades se fundan sobre la fe en la presencia del Señor, en medio de la asamblea”⁶.

La alabanza y acción de gracias varían del mismo modo que son diversos los aspectos del ser y del actuar salvífico del Señor. Van desde expresiones de afecto, hasta alabanzas matizadas de un amor ardiente y sereno, hasta irrupciones de un sentimiento sano, pacificante y acaparador.

Cuando uno se ha dejado captar por el ambiente en el que reina el Señor y ha entrado en la alabanza, le parece lo más natural expresarse de un modo que antes le parecía inaccesible.

Jesús, que domina como soberano en medio de la asamblea de oración, se deja sentir en los participantes.

El teólogo y dominico inglés, Tugwell, expresa bella y crudamente la actitud y el deseo que subyace a todo comportamiento en los círculos de oración: “Una cosa caracteriza el proceder de estas personas: su deseo de encontrar a Dios de una manera personal; no como una noción o una teoría, sino como una realidad muy viva. Estos hombres no se satisfacen con una religión que predica y que moraliza. Quieren la realidad de Dios”.

3.3. *Oración en el Espíritu Santo*

En el Apóstol Pablo la expresión: ¡Abba!, ¡Padre!, enseñada por Jesús (Mt. 26, 39-42) nos recuerda la impresionante novedad de la filiación del cristiano. El Espíritu Santo es el autor de esta vida filial y de su toma de conciencia orante (Rom. 8, 14-15). El no ora, sino que hace orar como hijo de Dios ante su Padre celestial, pero en el Hijo, Cristo Jesús.

El reconocimiento de esta realidad conduce, por sus pasos, a los cristianos, templos del Espíritu Santo, a adorarlos en ellos mismos, a invocarlo y a pedir su acción para alabar al Padre a través de Cristo en el Espíritu Santo (1 Cor. 3, 16; 6, 19; Ef. 2, 21-22; Rom. 8, 14-15; Gál. 4, 6).

Los participantes en los grupos de oración también son conscientes de esta maravillosa realidad, que ellos perciben por la fe, y de la que, no pocas veces, tienen experiencias íntimas profundas.

Cristo se halla presente por su Espíritu y “toma activamente la dirección de las asambleas y las inspira”.

La nota distintiva que hace de la oración de alabanza trinitaria oración en el Espíritu Santo “es que la oración es *dada por El* y recibida *como tal*”. No ha de sorprendernos esta afirmación. Si releemos a san Pablo en Romanos 8, 14-15 y Gálatas 4, 6, nos parecerá normal

desde la perspectiva de la fe, El está presente y actuante para lanzarnos hacia el Padre por Cristo en alabanza y acción de gracias. Lo más sorprendente y consolador es que en El oramos y nuestra oración es tomada como propia porque ora con nosotros.

Desde esta visión no es difícil explicarse el fervor de amor, de reconocimiento, de adoración..., que se percibe en las expresiones de los que oran. Nos encontramos ante un “fenómeno” tan natural y “casero” para el participante en la oración, que nos sorprende.

Otro aspecto de la oración de alabanza en el Espíritu Santo son los *carismas*. Los participantes en los grupos de oración valoran, aprecian y desean, antes que todo, el don por excelencia: el Espíritu Santo de quien esperan actúe poderosamente en sus vidas transformándolos en Cristo, a quien se entregan con todo su ser.

4. Una oración sencilla, espontánea, libre, íntima

Son cualidades que han pasado a ser características peculiares de la oración comunitaria carismática:

4.1. Oración sencilla

Es lo opuesto a “complicado”: los participantes tienen una conciencia muy viva de la presencia del Señor, Creador y Padre; de su deseo de comunicarse con sus criaturas e hijos, a quienes llama con un lenguaje parecido al que empleó en el Bautismo de su Hijo en el Jordán, “mis amados” (Mt. 3, 17).

Los que participan en los grupos de oración se han ido sensibilizando, por la instrucción y la acción del Espíritu Santo, sobre esta inmensa verdad.

Por eso, conducidos por El, expresan su intimidad religiosa en un lenguaje sencillo. Cada uno se acerca a Dios y se expresa como es. El tono y la vibración oculta, aparecen con el encanto de lo que nace fresco en el corazón. El sentimiento filial de dirigirse al Padre, en amor y respeto profundos, domina cualquier forma de manifestar la alabanza.

Como testimonio personal puedo afirmar: la impresión que me causan las oraciones de los fieles congregados semana tras semana, parece renovarse en su juventud; aun las personas menos cultas, cuando ya han madurado en el don de la alabanza, atinan admirablemente a manifestar sus afectos al Señor. Verdaderamente el “núcleo (de la oración) es la presencia del Espíritu”.

No olvidemos que en esto suele darse un proceso, a veces penoso. Personalmente tuve que esperar semanas enteras para sentirme gradualmente liberado de una fuerte inhibición para alabar a Dios en voz alta. Pero este obstáculo que, al principio llega a parecer insuperable, va deshaciéndose como muro de barro y el corazón se abre, por fin, para alabar al Señor con el mismo amor y la misma sencillez de nuestros hermanos. Es una auténtica e inapreciable gracia el “don de alabanza” que se ha de pedir constantemente. Y El lo va enriqueciendo y profundizando al contacto con la oración de los demás y la docilidad a su acción transformante.

4.2. *Oración espontánea*

El fundamento no puede ser más “bíblico” y “teológico”: bíblico, porque las oraciones de Jesús al Padre, que nos han dejado los Evangelios, muestran sencilla espontaneidad. Es el Hijo “amado” que se comunica con el Padre “querido” y se presenta ante El con el corazón rebosante de amor confiado, guiado por el Espíritu que le

inspira en su oración y en sus obras: “En el mismo instante, El se llenó de gozo bajo la acción del Espíritu y dijo: ‘Yo te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y pagados de sí y las has revelado a los más pequeños (a los discípulos)’” (Lc. 10, 21). “Entonces Jesús elevó sus ojos y dijo: ‘Padre, te doy gracias porque tú me has oído...’” (Jn. 11, 41).

Tiene, igualmente un profundo fundamento teológico: Dios nos ama como somos; nos acepta tal como nos ve, porque es bueno. De esta inmensa realidad la consecuencia es lógica y natural: presentarse delante de El sin máscaras que desfiguren la respuesta auténtica del hombre. Por eso ora con palabras que brotan, no de la superficie del yo, sino de la intimidad misteriosa de la persona, a impulsos del Espíritu que ora en él y con él (Rom. 8, 14-15). Abre, sin dificultad, su corazón a una oración espontánea ante Dios y ante sus hermanos. Es una plegaria que está muy lejos de ser algo prefabricado, como un cumplimiento para aquietar la conciencia o satisfacer una exigencia implícita comunitaria. Cada uno se halla sumergido en su unión al Señor y, adhiriéndose con todo el ser a la oración de los participantes, no se preocupa del modo como manifiesta a Dios su alabanza.

Oración espontánea no quiere decir lanzar lo primero que se nos venga a la mente, fuere lo que fuere. En esto debe existir también discreción: se trata de alabar al Señor, por ser quien es, por su mismo ser infinito en bondad, poder, amor...; y por las obras maravillosas de su plan salvífico sobre el hombre. Una idea sencilla puede bastar para dejar que nuestro corazón la exprese en palabras que brotan cálidas y ardientes, en medio de un tono sosegado y pacificante. Vive en el ambiente de Dios y se halla bajo el influjo bienhechor del Espíritu Santo. Nada menos indicado que preparar cuidadosamente lo que voy a decir.

Hay que constatar, sin embargo, una realidad para muchos dura y dolorosa, a los comienzos: “Si tratamos

de hablar en voz alta de Dios en este sentido del todo personal y espontáneo, nos daremos cuenta de que nos quedamos clavados tras pocas palabras. Nos *avergonzamos* ante nosotros mismos de hablar con Dios de esta manera. Quizás sea la primera vez que nos escuchamos hablando con Dios en voz alta”⁸. Esta espontaneidad nos inquieta y tememos quedarnos cortados, aparecer menos “cultos”, o sencillamente, no estamos acostumbrados a esta novedad. Tan hechos nos hallamos a orar con formularios, que nos vemos sorprendidos e incapaces de dejar al Señor guiarnos en una oración nacida de nosotros mismos para alabarle.

Tanto los servidores como cada uno de los participantes en los grupos de oración deben evitar cuidadosamente el *formulismo*. Es un peligro funesto que llevaría a la muerte de la verdadera alabanza. Por eso hemos de vigilar discretamente sobre nosotros mismos: sobre nuestro interior y su expresión. El paso de la espontaneidad a la rutina puede ocurrir insensiblemente; cuando la persona se halla sensibilizada por el Señor y reflexiona sobre sí, no le será difícil descubrir signos que delaten la presencia o la cercanía del formulismo.

Debemos pedir al Señor que, dentro de una sana espontaneidad, enriquezca nuestra alabanza. No consiste, precisamente, en multiplicar las palabras, sino en alabar al Señor por motivos que, bajo la acción del Espíritu, vamos descubriendo. Para ello ayuda mucho la oración individual o privada y asociarse sosegada y profundamente a la oración de nuestros hermanos. Sirve de inspiración y estímulo para una alabanza personal espontánea.

Existe otro peligro de formulismo: las hermosas expresiones con que la comunidad apoya el fin de la oración de un hermano: “gracias, Señor”; “te lo pedimos, Señor”, etc., pueden convertirse en un estribillo rutinario. Hemos, por tanto, de prevenir o eliminar el peligro con esa mano experta y discreta que todo servidor sabrá manejar. Contentarse con dirigir materialmente la oración, es demasiado poco. La responsabilidad del servidor

es mucho más amplia y delicada. Exige cualidades humanas, dones del Señor, experiencia, formación. Equipado con este instrumental puede lanzarse, confiadamente, a ayudar a sus hermanos a alabar al Señor y a crecer en Cristo Jesús.

Un modo de evitar ser arrastrados a la rutina, es variar las expresiones con que nos adherimos al final de la oración de los demás, según lo requiera su mensaje. De esta manera, toda la comunidad se sumerge en una oración verdadera a la Trinidad, y la expresión de cada hermano se torna en bendición para ella.

4.3. *Oración libre*

“La asamblea de oración es una forma de culto que combina un máximo de libertad y de comunidad”⁹. Es una forma *colectiva* de oración; pero dentro de esta textura, la libertad personal queda completamente a salvo.

La única condición, ya se tome parte en la oración expresándola en voz alta o adhiriéndose a las de los demás, es “que todo se haga en una atmósfera de fe y de amor”¹⁰.

Es oración libre porque todo participante en el grupo, al orar, puede hacerlo en la forma que mejor se acomode. Mientras la oración, no sólo conserve el sabor de alabanza, sino realmente esté empapada de adoración, acción de gracias, reconocimiento, etc., la persona es libre para expresar su culto de alabanza al Señor en su manera “peculiar”.

“La libertad en la asamblea no destruye su carácter comunitario, sino lo intensifica, al permitir que cada uno aporte su contribución a la oración general y exprese sus necesidades personales”¹¹.

El condicionamiento de unos sobre otros que oran en “espíritu y en verdad”, dentro de una densa y clara atmósfera de fe y de amor, es un condicionamiento sano y laudable. La fe viva y el amor intenso contagian. La serenidad interior se transmite. ¿Quién podrá reprochar este condicionamiento, si cabe designarlo así?

El Espíritu Santo, que cuida de reunir la comunidad para la alabanza del Padre en Jesús, se preocupa también de velar por la serena y beneficiosa libertad del grupo en oración.

Esta libertad no está, en modo alguno, contra el orden que debe reinar en todo círculo de oración. De él hablaremos a su tiempo.

4.4. *Oración íntima*

En el grupo de oración existe un aspecto o desarrollo externo flexiblemente estructurado y “*una dinámica interna espiritual*”.

Entre los elementos que constituyen esta dinámica espiritual, debe ser enumerada, como fundamental, la *intimidad* de la oración. Sin ella, todas las demás cualidades de la oración carecerían del alma que las vivifica.

Oración íntima es *ponerse en contacto con el Señor desde el fondo de nuestro ser*: no se trata de hacerse imaginativamente presentes al Señor como si fuera un ser ausente de nosotros a quien se llama para que se acerque. Está presente en lo más íntimo de nuestro corazón. Toda la Trinidad nos invade, cada Persona divina, en la realidad de su ser personal y de su diversa misión. El Espíritu Santo está *siempre* orando en nosotros “con gemidos inenarrables al Padre”, siempre dispuesto a suscitar y guiar nuestra oración al Señor (Rom. 8, 26).

Ponerse en contacto con El, desde el fondo de nuestro ser, significa hacernos conscientes de esta realidad; suplicar su ayuda para centrar nuestra persona en Dios y, sobre todo, abrirnos a la acción del Espíritu Santo para orar con El y en El al Padre por Cristo¹².

Es, por tanto, una entrega total, en quietud interna pacificante e intensa al Señor. Oramos con todas nuestras capacidades: con la razón, con el corazón, con las emociones que, sana y gozosamente entran en actividad, y aun con nuestro cuerpo: "Corporizados, con nuestro lenguaje, el canto y aun los gestos corporales, convertidos en signos, la intimidad invisible interior". Por eso, esta oración íntima exige concentrarnos en paz, recoger tranquilamente nuestras potencias para orientarlas hacia el Señor; en adoración amorosa;¹³ relajar, sin tensión, nuestro cuerpo, como una cooperación que allana el camino a la obra de nuestras facultades superiores movidas por el Espíritu.

Quizá lleguemos a descubrir que nuestro amor era más débil e imperfecto de lo que pensábamos. Será un dolor purificante, que golpea y sana nuestra autosuficiencia. Nos hará caer en la cuenta de que la medida de la sinceridad de nuestra oración no es la emoción o sentimiento, sino la *intención*. Aun en ocasiones en que uno encuentre difícil orar sin entusiasmo, puede orar sincera e íntimamente, por el deseo de querer alabar al Señor profundamente.

Este orar, sin ocultas reservas interiores, sin disimulados bloqueos de miedo, con un ser totalmente abierto y orientado hacia el Señor, solamente tiene sentido "cuando uno está presente a lo que se dice aquí y ahora". Más aún, no será posible a nuestra impotencia, tocar esta cima: "hablar a Dios desde lo más hondo del corazón, desde el fundamento mismo interior de nuestra vida". Se halla fuera del alcance de las posibilidades humanas. Solamente es posible en el poder del Espíritu de Cristo (Rom. 8, 14-16; 26-28). Cuando El interviene, con su

fuerza divina, nos guía y nos centra, entonces penetramos misteriosamente en el campo de las más íntimas relaciones divinas con la Trinidad. Entonces, no solamente “oramos a Dios, sino que oramos *en* Dios”. Y toda la comunidad se convierte en el increíble protagonista de un diálogo inefable que va y viene, como oleaje de oro, de Dios al hombre, de éste hacia su Señor y Padre en Cristo Jesús al impulso del Espíritu.

5. Una oración llena de amor, de paz, de alegría

En los grupos de oración no se pretende suscitar un fervor que se mira a sí mismo egoístá y vanidosamente; ni una elevación emocional espiritual en el contacto personal con los demás. Todo ello sería cerrazón sobre sí mismo o de la comunidad dentro de su círculo más o menos reducido, y una aparente cura terapéutica que nos mantendría “felices” momentáneamente.

Se va tras el fin más peculiar de los grupos de oración: alabar a Dios con todo el ser y, a través de esa finalidad, tender hacia otra que constituye el punto focal de toda la Renovación: “construir una comunidad madura de cristianos”¹⁴.

Coincide, en expresión equivalente, con la que se formuló más arriba: “renovar plenamente toda la vida cristiana”. Se advierte, por tanto, que los grupos de oración no son “un fin en sí mismos”. Son elemento indispensable dentro de la renovación carismática. Pero a ésta, más que definirla por los grupos de oración o por el Bautismo en el Espíritu, habría que hacerlo a partir de las personas que deseamos vivir el Evangelio sin condiciones, que deseamos seguir a Jesús y toda la inspiración de su santo Espíritu radicalmente, para que el Padre pueda construir el Reino aquí en la tierra, para que nos convirtamos en levadura de ese Reino.

Es peculiar en los grupos de oración, el clima interno de amor, de paz y de alegría que suele reinar. No es de extrañar que admire a quienes se acercan a ellos sin prejuicios y se dejan captar por un clima tan saludable espiritualmente.

Se trata, sobre todo, de un ambiente interno que, a veces, se hace casi tangible, por su densidad espiritual. No es un grupo de personas "evadidas": que sienten el peso de sus responsabilidades o frustraciones y quieren compensarse en un ambiente de calurosa acogida humana.

Los grupos de oración están más allá de todo eso; y los verdaderamente integrados viven de lo humano, pero lo sobrepasan y se sitúan en el nivel de lo divino.

El AMOR, por tanto, que se fomenta y se palpa, es "la atmósfera en la cual se mueve todo círculo de oración". Es un amor en toda la autenticidad y verdad de la palabra. Por eso, sobre todo, cuando el amor de Dios se apodera del alma, se irradia espontáneamente a los demás como la cascada de luz que un prisma lanza sobre los objetos.

No es fácil acertar a describir una experiencia comunitaria tan frecuente en los grupos de oración. En ellos tiene cumplimiento feliz la expresión tan oída, que repetían estupefactos los paganos ante lo inusitado del testimonio de amor de los primeros cristianos: "Mirad cómo se aman".

Es obvio que ocurra este fenómeno: Si Jesús se halla presente y actuante por su Espíritu para conducirnos al Padre, se da ese triple influjo trinitario que nos lanza hacia el Amor y nos hace reproducir en la comunidad la íntima relación de amor que se da en las divinas Personas.

Este clima de amor, nacido de la actuación del Espíritu, se fomenta, conscientemente y se procura que invada a la asamblea a lo largo de toda la oración. Aun las manifestaciones externas no se desdeñan dentro de un

gran respeto a la persona. Esto resulta tan nuevo en nuestro mundo, profundamente marcado por el “secularismo” y el “sexo”, que las más curiosas interpretaciones se dan cita y se expresan sin reticencias. La verdad está más allá: del lado de Cristo y de su Amor que se hace tangible en sus seguidores. Somos conscientes de que en los grupos, como en la “Iglesia formada por pecadores”, existen actitudes y comportamientos que están muy lejos de responder al ideal del amor a Dios y del amor fraterno proclamado por Jesucristo. Pero hemos de reconocer, sinceramente, que existe una insistente invitación a superar debilidades y faltas; a crecer en el amor al Señor y a los demás.

El amor, por su misma esencia, es fuente de múltiples corrientes que bullen en el interior de los grupos de oración: Sentirse amado del Padre, haber elegido a Jesús como “centro” de vida y acción, percibir la obra del Espíritu produce una *paz* que llega, no pocas veces, a desbordarse. No se confunde con la paz de una vida sin problemas. El alma percibe que se trata de una paz de otra calidad; un modo nuevo de estar pacificados por dentro. Algo ha hecho irrupción discreta y sosegadamente; es, a la vez, seguridad en Dios, cercanía del Señor, un descanso amoroso en los brazos del Padre... Cuando se intensifica, todo el ser participa y se siente serenamente inundado de esta atmósfera de quietud pasiva y activa simultáneamente, porque se recibe como un don y lanza hacia el reconocimiento, hacia el amor y la entrega consciente, al diálogo interior amoroso en la palabra o el silencio. Es todo un mundo que cada vez se disfruta en una novedad que nos sorprende y se considera plenamente natural, en quien se ha entregado al Señor y está bajo su influjo. Se ve con esa admiración sin extrañeza con que contemplamos un esplendoroso amanecer. Esta paz es signo de la presencia de Cristo que no solamente nos da su paz, sino El mismo es nuestra paz (Ef. 2, 14). “Que reine en vuestros corazones la paz a la cual habéis sido llamados todos en un solo cuerpo. Vivid en la acción de gracias” (Col. 3, 15).

Tantas veces hemos leído la exhortación de san Pablo a la *alegría*: “Hermanos míos, alegraos en el Señor, estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres” (Fil. 3, 1; 4, 4).

El mismo apóstol enumera como un fruto del Espíritu el *gozo* (Gál. 5, 22). Es una alegría íntima, difusa, unas veces; desbordante y acaparadora, otras. Es “el gozo del Señor”, porque es El quien lo produce y en quien los participantes se alegran. Es una emoción discreta en el mejor sentido de la palabra: todo el ser toma parte, y, con particular relieve, los sentimientos. Hemos de temer los sentimientos y emociones desbordados. Son como una venida impetuosa que arrasa y devasta. Son la muerte de los auténticos afectos. Pero al *sentimiento que brota de lo objetivo: de la consideración y de la alabanza del Señor*, no lo hemos de temer. Sin embargo, tengamos en cuenta que las reacciones subjetivas del hombre varían de persona a persona. Dentro de un común denominador de equilibrio expresivo, cada uno tenderá a manifestarse como es. No podemos exigir a todos el mismo nivel expresivo; si ir dominando el emocionalismo, siempre reprochable y dañoso en los grupos de oración.

El gozo que, frecuentemente, inunda la oración de los grupos, brota del clima de amor y de paz a impulsos del Espíritu. Dentro del sosiego dominante, se percibe una discreta y natural seriedad. Pero nunca se debe dar paso a la tristeza. No es raro que lleguemos al grupo de oración oprimidos por el peso de las preocupaciones, de la turbación e intranquilidad. El sano contagio del gozo de nuestros hermanos y la acción del Espíritu, a quien nos abrimos, van transformando nuestro clima interior hasta hacernos sentir apacibles, alegres, inundados del gozo de Dios.

“Bastantes me han contado —afirma un autor— cómo su adhesión al grupo de renovación carismática les había curado de sus angustias, de sus escrúpulos o de sus dudas, cómo les había ayudado a sobreponerse a la pér-

dida de un ser querido, o a una pena grande, y cómo habían aprendido a amar en vez de encerrarse en la amargura”¹⁵.

¿No tendrá, en este punto, buena parte el clima de amor, de paz y de alegría que se vive en los grupos de oración?

6. Una oración “en el orden”

San Pablo exhorta encarecidamente a la comunidad de Corinto, tan espléndidamente favorecida con los dones del Espíritu, a que tenga en orden sus asambleas: Porque “el Señor no es un Dios de confusión sino de paz” (1 Cor. 14, 33). “Todo debe hacerse convenientemente y con orden” (1 Cor. 14, 40).

Se intuyen los motivos de la insistencia de Pablo respecto del orden en la asamblea de oración, válidos para nuestros grupos: Si “el círculo de oración es el lugar donde el amor de Dios puede trabajar para hacer de nosotros su pueblo elegido”¹⁶, el desorden se convierte en un obstáculo que bloquea la acción transformadora del Señor. El desorden no sólo modifica desfavorablemente el ambiente exterior; nos arranca, sobre todo, a un clima interior de paz, de amor y de unidad, necesarios como cooperación del hombre a la obra del Espíritu. Dios ni está ni actúa en el desorden.

Es una realidad que impresiona favorablemente a los que se acercan por vez primera a un círculo carismático de oración, constatar el orden que reina en ella, dentro de una sana libertad.

Hay una explicación fundamental de este hecho, que a diario, se puede verificar: la suavidad, sin violencia y sin monótona conformidad, en que se desliza la oración comunitaria de alabanza: El Espíritu Santo mismo es

quien invisiblemente dirige este armónico conjunto. Es El quien infunde y mantiene la paz y sosiego que se respira.

Pero, como en todo acontecimiento humano y divino, hay condiciones que pueden obstaculizar o ayudar a la obra del Señor. No es ajeno a nuestra cooperación.

Enumeramos algunas: Las que nos parecen ser las principales:

Para que un círculo de oración se desarrolle en el orden, no podemos ir a buscar en él lo que no es: No puedo, por tanto, ir a resolver mis problemas psicológicos, aunque me ayude; no es éste, precisamente, el lugar adecuado. No debo ir a cultivar "mis amistades". No es reprochable, al contrario, la sana amistad en Cristo, que suele crearse en los círculos de oración. Pero no cabe aceptar convertirlos en lugar de encuentro y de cultivo de aquellas personas con las que "me arreglo" o "simpatizo". No debo ir a compartir ideas ni aprovechar las ocasiones para conversar o discutir. Hay muchas cosas laudables que pueden hacerse fuera del círculo de oración; no dentro de él. En éste debe dominarlo todo el deseo de alabar al Señor y de centrar todo nuestro ser en El.

Tres cosas ayudan notablemente al orden necesario para realizar el fin del círculo de oración: El desarrollo de los diversos tipos de grupos de oración; la dirección del servidor o dirigente; el comportamiento de la comunidad de oración.

Sobre el desarrollo de los diversos tipos de oración en los grupos, hablaremos a su debido tiempo. Omitimos, por tanto, ahora este punto.

Respecto de los dirigentes del grupo de oración, afirma Bert Ghezzi: "Los jefes de un grupo de oración juegan un papel muy importante. Deben pues, ser elegidos cuidadosamente"¹⁷.

No tratamos de descubrir sus actividades; solamente damos algunas indicaciones para que los grupos procedan "con orden" en el círculo de oración.

El orden comienza con él. Por eso deberá ser una persona exterior e interiormente ordenada. Un sujeto "problematizado" psicológica o espiritualmente está contraindicado mientras dure su situación. Tender a acaparar el grupo y colocarse como "centro" del mismo, usurpando el puesto del Señor, es un serio inconveniente. Habría que pensar en sustituirlo mientras no adquiriera la humildad que debe caracterizar al servidor. Al menos, debe ser ayudado fraternalmente, a superar esta seria dificultad. En un auténtico servidor no existe razón alguna que se sienta herido, cuando se le indican discretamente los defectos que empañan su acción. Está al servicio de sus hermanos, en el Señor. Nadie acierta plenamente ni es perfecto desde el comienzo. Por eso, junto con una sosegada paciencia sobre sí mismo, ha de entrar, prudentemente, en juego la corrección fraternal. Es una preciosa ayuda que debiéramos agradecer. Todos los servidores han de estar dispuestos a que se les evalúe caritativamente.

Si el dirigente del grupo se entrega él mismo a la dirección del Señor y posee un tacto suficiente, no le será especialmente difícil realizar su misión.

Esta, fundamentalmente, es hacer que la reunión se deslice dentro de un pacificante orden externo e interno. Por eso, su papel no se agota con el saber iniciar los diversos aspectos flexibles de una oración comunitaria. Ni con animar a orar a los participantes. Debe dar cohesión a todo el grupo, solucionar comprensiva, pero eficazmente, los problemas que surjan; evitar y prever con oportunas indicaciones, a su debido tiempo, las dificultades que aparezcan en el curso de la oración.

No debe caer en el peligro de refugiarse cómodamente en la idea de que el Espíritu guiará al grupo de oración y descuidar su preparación como dirigente o como servidor en la oración concreta de hoy. La experiencia indica que una buena parte de las desviaciones de los grupos de oración o de que ésta resulte débil, fatigosa, sin rum-

bo... se debe, a las deficiencias de los servidores, sean sacerdotes o laicos.

Un tercer aspecto para que la oración proceda con orden es el comportamiento del grupo. Este, no sólo ha de aceptar al servidor con fraternal acogida; debe ayudarlo a cumplir con su deber de hacer una oración "en el orden". Y una manera eficaz para lograrlo, es la obediencia y cooperación sencilla y leal a las indicaciones que dé el servidor.

"Un dirigente de oración necesita, además de la experiencia, nuestra ayuda y aliento. Debemos responder a sus directrices. Le animaremos en su tarea y le ayudaremos a crecer en su servicio y a beneficiarse de sus aciertos y aun de sus errores" ¹⁸.

III

PREPARACION PARA LA ORACION

La importancia de la oración de alabanza reclama una disposición a tono con la realidad que se va a producir en la comunidad orante. Dios no obra mágicamente. Infinitamente respetuoso de nuestra libertad, ofrece sus dones, pero nos pide la aceptación filial en la misma libertad con que nos los quiere otorgar. Por eso, siempre ha sido una ley de toda espiritualidad de oración, preparar el corazón para llegarnos a El.

1. Preparación remota

Existe una preparación interior a la que damos suma importancia para que la alabanza sea digna de Dios y produzca en la comunidad de oración, y en cada uno de los participantes, el fruto transformador que pende de sus ramas.

a) Esta preparación debería anteceder al tiempo mismo de oración. Queremos decir: la persona que ha determinado asistir al grupo de oración, debería *hacerse consciente de que se acerca a un momento privilegiado de su vida durante esa semana*. Cualquiera puede serlo para Dios, porque no está sujeto a tiempos y ocasiones. No hay una ley que encadene la dispensación de sus gracias ni su toque al corazón del hombre. Pero, es indudable: las circunstancias que rodean la oración de alabanza: la reunión de la comunidad “por causa de la Persona de Jesús” en amor, para adorar al Padre; la presencia actuan-

te del Señor por su Espíritu; la fuerza de la misma plegaria en comunidad, expresada con esa única "intención" de glorificar al Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo, hacen de la reunión un "lugar especialmente apto" para la obra del Señor.

b) A través del día, sobre todo cuando se acerca la hora de marchar al grupo de oración, deberíamos *disponernos elevando al Señor nuestro espíritu y abriéndonos a su gracia*. No pocos lo hacen así en lo que pudiéramos llamar la "oración de vida". Otros autores, coincidiendo en el sentido, prefieren denominarla "vida de oración". Parece más exacta la primera fórmula. Se quiere expresar con ella: el corazón que se orienta hacia Dios en medio del quehacer cotidiano e impone "breves pausas" a su trabajo para decirle al Señor su amor, su confianza, para pedirle su ayuda y la docilidad a su Espíritu; para abrir su boca en la más pura adoración.

¿Son exigencias excesivas? Se trata de caer seriamente en la cuenta de la importancia fundamental ligada a la oración de alabanza. En este supuesto, cooperar con el Señor, preparar el camino a su obra, participa del valor y trascendencia de la alabanza. Desde esta perspectiva hay que ver los medios que se ponen en juego. Esta vida de oración, orientada, ahora determinadamente, a la preparación de nuestro ser para la oración de alabanza, no es ni física ni psicológicamente gravosa y contribuye, eficazmente, a "ser contemplativos en la acción", meta preciosa de todo el que desea vivir en y para el Señor.

A los principiantes en el grupo de oración quizás no les resulte; encontrarán dificultades y renuencias..., pero, a medida que vean el fruto que en su vida produce la asistencia y participación en los grupos de oración, se les irá facilitando. Es más elevado, de lo que se piensa el número de cristianos que viven, en medio de sus ocupaciones, una unión íntima con el Señor. Es un hermoso clima de confianza, de amor, de diálogo sencillo e íntimo, de cumplimiento amoroso de su voluntad.

c) Otro tipo de preparación, más o menos remota, para la oración de alabanza es el *perdón*: lo “humano”, el “hombre viejo” de san Pablo, reaparece en nuestra vida con frecuencia.

Tanto la “nueva vida” comenzada a vivir a partir del Bautismo sacramental, como la “nueva efusión” recibida en el Bautismo en el Espíritu Santo, son un “comienzo”, no un “final”. Olvidamos, con demasiada frecuencia que la vida en el Señor es un proceso. No nos santificamos de repente. Tenemos que ir, paso tras paso, en una ascensión que, a veces, se ve frenada por infidelidades, perezas, pecados. Esta concepción real de nuestro caminar en Cristo valora cuanto se refiere a nuestras relaciones con el Señor y con el prójimo; no desconoce la seriedad del compromiso cristiano y la lucha constante contra las dificultades. Trata de verlas objetivamente; de percatarse de que nuestra conversión al Señor deberá estar siempre actuante. Pero no nos escandalizamos de nosotros mismos. Vemos la propia realidad: la enorme dificultad que el hombre debe experimentar en su caminar hacia el Señor y la necesidad de acudir a El en humildad suplicante. “Todo lo puedo (e intento) en Aquel que me conforta” (Fil. 4, 13).

Una de las formas más frecuentes que hace acto de presencia en nuestra vida y exige una constante vigilancia es la del rencor, la venganza disimulada, la enemistad. Los grados serán muy diversos, mas con un fondo común que nos aleja del propio Señor: “Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos” (Mt. 6, 44). Pues bien, cuando se trata del rencor nos hallamos ante un obstáculo que bloqueará la acción del Espíritu en nosotros. Sería una hermosa preparación perdonar de corazón, desde lo más íntimo de nuestro ser; si se trata de faltas de cierto calibre, humillémonos y acerquémonos a nuestro hermano para pedirle perdón. Igualmente, y no pocas veces, con una exigencia de abnegación mayor, “perdonar” a quien nos haya herido de cualquier modo.

2. Preparación próxima

Existe otra manera de prepararse que podríamos formular como: *Dejarse captar*. Este “dejarse” supone la actitud plenamente receptiva. Cabe enumerar tres aspectos importantes, como disposiciones a la obra del Señor en cada uno y en la comunidad durante el círculo de oración:

2.1. *Dejarse captar por el ambiente exterior*

El ambiente a que nos referimos es el mundo exterior que existe en una verdadera asamblea de oración:

Abarca la quietud externa del local; los cantos con que se prepara el ánimo para “sumergirse” en la oración de alabanza comunitaria. No se trata de un festival de música, sino de un verdadero ministerio, “un carisma del Espíritu para la edificación de toda la comunidad”. Por eso, el equipo no ha de elegirse primariamente en virtud de las cualidades humanas musicales, sino, sobre todo, por la sensibilidad y discreción; por la docilidad al Señor para seleccionar los cantos que mejor preparen, gradualmente, a los participantes para la oración.

“Resulta relativamente fácil verse alejado, sin provecho ni profundidad, de la oración por un exuberante grupo de canto. Este es muy importante, con tal de que sea oración, no una evasión o un sustituto de ella”¹.

Hay quienes se sienten cohibidos, al principio, por el espectáculo de manos que aplauden y brazos que se levantan. Y no es tan desacostumbrado sentir un intenso rechazo hacia estas formas tan poco vigentes hasta ahora. Nadie duda del peligro que existe de convertir estas expresiones corporales de los sentimientos internos de gozo, de acción de gracias..., en movimientos rutinarios.

Estaríamos cerca de su desvalorización. Tienen su propia misión, que los dirigentes deben conocer y saber encauzar prudentemente. Aun habrá no pocas ocasiones en que todo otro sonido, que no sea el canto limpio y sencillo, deba desaparecer.

Pues bien, abrirse a este aspecto del ambiente será sentirse libres, sin presiones internas; tratar de valorar justamente su sentido y, en último término, actuar como mejor se pueda, alabar al Señor y prepararse para la oración.

Es laudable y beneficioso ir dejándose captar por la actitud gozosa y moderada de la comunidad. El Señor, en su actuación, nos va “liberando”, nos ayuda a encontrarnos con nosotros mismos y a remover los obstáculos que impiden la actuación de su Espíritu. Lo importante es no darle importancia desmedida a relieves secundarios; más aún, no cerrarse tercaamente al Señor, poniendo como pretexto expresiones religiosas tan poco usadas en nuestro medio.

2.2. *Dejarse captar por el ambiente interior*

Fundamentalmente consiste en un clima de amor, de paz y de gozo que, paulatinamente, se va creando en la comunidad. Consideramos que esta actitud positiva tiene una gran importancia. Nos incorpora interior y espiritualmente a la comunidad en la que el Señor está dispuesto a actuar aun con poder. No es un obstáculo a esta actitud interna la situación espiritual desolada en la que podamos estar envueltos. Frecuentemente hemos experimentado que este clima de amor al Señor y a los hermanos, la alegría tranquila, que vive en el interior de los participantes y se expresa inexplicablemente en todo su ser, nos va contagiando y nos transforma poniéndonos en un ambiente a tono con el que ellos viven.

Mientras conscientemente oponemos un muro de prejuicios, de rechazos, de alejamientos conscientes espirituales, no será posible insertarnos en la asamblea de oración. Mas: siendo una totalidad en la que el Señor resucitado va a actuar por su Espíritu, se convierte en un obstáculo a su acción nuestra actitud desintegrada e individualista. Todo hay que hacerlo con paciencia, con humildad, con esfuerzos de apertura apoyados en el Espíritu; el Señor terminará por triunfar. Y uno de sus poderosos recursos será enlazarnos por el ambiente interno de la comunidad en oración.

2.3. *Dejarse captar, sobre todo, por el Señor*

Nada más importante, en un grupo de oración, para que ésta lo sea verdaderamente. Dejarse captar por El implica reavivar la fe en una realidad avalada por la promesa del Señor (Mt. 18, 20). Dejarse captar por el Señor quiere decir también: unirse "en espíritu" a toda la preparación próxima que va marchando, conducida por los servidores; pedir en lo íntimo del corazón al Señor que nos haga dóciles a las iluminaciones y mociones internas del Espíritu; abrir el alma a los cantos y oraciones que preceden inmediatamente a la entrada formal en la oración, con la sencillez con que uno abre sus ojos y su corazón a un hermoso espectáculo de la naturaleza.

Dios está a la puerta (Apoc. 3, 20), como discreto enamorado; golpea suavemente, lo suficiente para que oigamos y percibamos su intención de penetrar en nuestro interior y dialogar de tú a Tú, para descubrirnos sus misterios (Jn. 15, 15); para abrasarnos en su amor, para manifestarnos al Padre (Jn. 14, 6) y transformar *toda nuestra vida*.

Pero la puerta del corazón humano, misteriosamente, sólo se abre desde dentro. Y el poder, ante los reque-

rimientos del Señor, está únicamente en las manos de cada uno.

Este es el dejarse captar fundamental. Es el aparentemente contradictorio: “me sedujiste y me dejé seducir” de Jeremías (20, 7).

Esto reviste una importancia excepcional en la oración comunitaria de alabanza para que el Señor se sienta libre y actúe por su Espíritu con poder.

Estos modos, no los únicos, de prepararse a la oración comunitaria de alabanza, disponen, asimismo, a orar en los tiempos “privilegiados” de oración individual y en lo que hemos llamado “vida de oración”; “pues orar, para un cristiano, es un *estado*. El cristiano es el hombre-en-acción de gracias; toda la actividad del fiel debe ser una alabanza a Dios (Fil. 1, 3-4); el creyente ha de orar sin cesar (1 Tes. 5, 17), o como dice Orígenes. “Ha de unir la oración a las obras obligatorias y las obras a la oración. Sólo así es realizable la orden de orar sin cesar; con esto, consideramos la vida del santo como una sola oración, de la cual, la que llamamos habitualmente la oración no es más que una parte”².

IV

FRUTOS DE LOS GRUPOS DE ORACION

Testimonios

“Cuando yo oraba sentía cierta fina alegría y tenía la impresión de que algo había cambiado dentro de mí... una como solidificación de lo que había existido antes en mis relaciones con Dios y que ha continuado hasta ahora”.

“Oro mucho más sobre lo que enseñó y por aquellos a quienes enseñó. Procuero no realizar investigación alguna para la que no me sienta llamado por El. Tengo un hambre insaciable de predicar y me he dado cuenta de que ahora más confío en El para tocar los corazones de mis oyentes que antes, cuando lo más importante para mí era mi propia elocuencia”.

“Ahora estoy persuadido del anhelo profundo de la gente y solamente la acción del Espíritu Santo es quien puede satisfacer esta hambre devoradora, cuando sus palabras son escuchadas. Es un modo “desacostumbrado” de hablar para un filósofo, pero es una verdad experimentada y yo valúo la experiencia más que mi capacidad para explicarla”.

“Encuentro que mi grupo es el corazón de mi vida espiritual, Mi oración privada se alimenta de lo que se intercambia en el grupo”.

“Yo acostumbro a orar tres veces por semana con diferentes grupos a los que he ayudado a formarse. No recuerdo haber sido tan fortalecido en todos los niveles de mi ser como ahora. Estas experiencias nos confirman de lo que una comunidad debería ser” (Vea *Studies in the Spirituality of Jesuits*, Vol. V, June, 1973, n. 4, 118 ss.).

Aunque los frutos enumerados no sean los únicos, citamos los que tienen una especial importancia.

Conviene adelantar una afirmación importante: Los frutos que van creciendo y maduran en los círculos de oración, solamente los disfrutarán quienes perseveran en ellos. Sería hasta irrisorio llenarse con la esperanza de que la vida entera va a ser transformada por el mero hecho de asistir esporádicamente, con interrupciones muy prolongadas. Puede suceder, porque los caminos del Señor son inescrutables y su acción en nosotros no está sujeta a normas inviolables. Pero, el Señor tiene sus maneras ordinarias de acción¹.

No es justo afirmar que sólo por la oración comunitaria podemos llegar a ser transformados en Cristo. El dispone de otros medios. Entre ellos, los sacramentos ocupan, indiscutiblemente, el lugar de preferencia. Pero, ahora, nos referimos a la virtud transformadora de los grupos de oración.

Los frutos que vamos a mencionar “son, en realidad, para aquellas personas que asisten regularmente y hacen una entrega total de sí a Dios”².

1. Transformación de nuestra vida en Cristo

Es una expresión sumamente rica y compleja: es convertirse plenamente al Señor; admitirle en nuestra vida de modo que El sea, de hecho, el “centro” de nuestra existencia; de todos los estratos que la forman. Nada queda excluido; todo debe ser invadido por su presencia bienhechora y por su acción eficaz: nuestra relación personal íntima con El; nuestra oración, nuestra vida social y sacramental; el trabajo diario, monótono y agobiante, nuestro descanso; las relaciones familiares... Los más íntimos secretos, aspiraciones, anhelos; los fracasos, sufrimientos, tentaciones..., hasta los mismos pecados: ese in-

menso y desilusionante mundo de debilidades; de fallos, de querer y sentirnos impotentes para el bien (Rom. 7, 21-25). Es la pobreza "espiritual" que cargamos con nosotros; a veces se nos hace tan agobiante que tememos desfallecer. También el Señor la quiere incorporar a su amor y convertirla en realidad salvífica, dentro del plan sobre nosotros (Rom. 8, 28). Nuestra mirada sobre las cosas y las personas; la categoría de nuestros valores; la misteriosa y bullente vida afectiva, sobre todo la inmensa fuerza que gira y pugna, siempre dispuesta a desintegrarse, en el amor; todo nuestro anhelo de Dios, a veces invasor como una marea que se adentra en la playa; el deseo de su trato personal, el hambre de su paternidad vivenciada; la búsqueda de la comunidad de amor que refleja la vida trinitaria... también están llamados a transformarse y a crecer. Es una empresa como para descorazonar al más atrevido. Pero nos apoyamos en el más fuerte: "la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. 7, 25).

A esto tiende, éste es el fin del círculo de oración; su fuerza oculta y eficaz. Es un largo proceso, saturado de sufrimientos y de gozo que llenará nuestros días, semanas y años. Proceso irreversible si nos entregamos a la acción del Espíritu, que viene a ser una nueva efusión en cada una de las reuniones de oración.

Los círculos de oración están suficientemente equipados para que podamos recorrer este camino de transformación en Cristo bajo la acción del Espíritu: "Los grupos de oración que se reúnen semanalmente ofrecen, en primer lugar, oportunidades para que los individuos entren en nuevas y más profundas relaciones con el Señor. El clima de alabanza y de adoración invita a los participantes a volverse hacia Jesús"³. Y aquí, precisamente, está el punto focal: la fuerza misteriosa que transforma: *Mientras nos abrimos a la alabanza y participamos con todo nuestro ser en ella, estamos bajo el influjo de Cristo resucitado, presente en la comunidad actuante por su Espíritu*. Nos convertimos en el objeto sobre el que se

enfocan sus rayos de amor, de poder...; la fuerza misteriosa y real, la dinámica bienhechora de su poder que nos envuelve con su amor y nos moldea suavemente conforme a su imagen. No hay diamante que resista la irradiación de los rayos de este prisma condensados en un haz de luz purificante y transformador (1 Tes. 5, 23-24).

M. R. Carothers expresa la misma idea: "El acto mismo de alabanza desata el poder de Dios dentro de una combinación de circunstancias y permite a Dios cambiarlas si éste es su designio. Muchas veces son nuestras actitudes las que impiden la solución de un problema. Dios es soberano y podría, ciertamente, cortar a través de los moldes erróneos de nuestros pensamientos y actitudes. Pero su plan perfecto es introducir a cada uno de nosotros en la amistad y comunión con El; de éste modo permite circunstancias e incidentes que traigan a nuestra atención actitudes erróneas".

"He llegado a creer que la oración de alabanza es la forma más alta de comunión con Dios y que siempre desata una gran cantidad de poder en nuestras vidas. La alabanza no es algo que hacemos porque nos sentimos bien; es un acto de obediencia. A menudo la oración de alabanza es ofrecida a regañadientes. Pero cuando persistimos en ella, de algún modo se libera el poder de Dios en nosotros y se introduce primero como una gotera, más tarde como un arroyo creciente que, finalmente, inunda y borra todas las antiguas heridas y cicatrices" 4.

Y junto al efecto de un nuevo y profundo contacto personal con Cristo, está, como haciéndole eco y completándolo, la obra del Espíritu Santo en la comunidad reunida en el nombre de Jesús, y en cada uno de los participantes. No son dos principios actuantes; es uno solo, realizado, a la vez, por Cristo y por su Espíritu; los desdoblamos para captar más fácilmente la riqueza y el poder que nos trabaja para transformarnos.

"Entre Jesús y el Espíritu hay una reciprocidad de relación. Jesús es aquel a quien el Espíritu es dado 'sin

medida' (Jn. 3, 34; Lc. 4, 1). A su vez, Jesús envía el Espíritu que ha recibido y por este poder del Espíritu Santo llegamos a ser cristianos" (Rom. 8, 9)⁵.

No se trata de confundir las funciones específicas de Cristo y de su Espíritu. Los cristianos somos incorporados a Cristo, no al Espíritu; y por la recepción del Espíritu llegamos a ser miembros de Cristo. El Espíritu es quien opera esta comunión. Por el Espíritu, Cristo está presente en la Iglesia y en cada uno de los fieles; a El corresponde conducirnos a la fe en Jesús y transformarnos en Cristo, ejemplar de todo hijo del Padre celestial (Rom. 8, 27-29)⁶.

Por eso, los cristianos carismáticos están firmemente persuadidos de que *el Señor Jesús trabaja intensamente en sus vidas por su Espíritu durante el tiempo privilegiado de los círculos de oración mientras ellos se entregan en cuerpo y alma a la alabanza del Padre, por Jesús en el Espíritu Santo.*

Allí se encuentra el Espíritu en el intenso trabajo que Jesucristo le encomendó, reconocible por las promesas hechas a sus apóstoles en la última Cena y en el anuncio de Pentecostés (Jn. 14, 15-17; 14, 26; 15, 26; 16, 7 ss; Hech. 1, 5-7).

El moldea a la comunidad conforme a sus peculiares necesidades y situaciones concretas. El, igualmente, trabaja intensamente en cada una de las áreas que no se han abierto al Señor o necesitan ser profundizadas, si cooperamos a su acción.

2. El crecimiento en Cristo

“De manera muy distinta a los pasados brotes carismáticos que brillaron, murieron sin dejar rastro significativo de sus frutos, la renovación carismática de nuestros

días promete un permanente enriquecimiento de la vida cristiana en la Iglesia. El extraordinario éxito de la renovación se debe principalmente a la eficacia de los grupos de oración⁷.

El crecimiento en Cristo, fruto de las reuniones de oración, está muy en relación con el precedente. Diríamos que viene a ser una transformación de toda nuestra vida en progreso hacia el Señor.

Hay sólidos fundamentos para que el cristiano se considere seriamente "cuestionado" en su vida y se aliénte a progresar continuamente en ella, bajo la acción del Espíritu.

Cristo mismo nos anima, directa e indirectamente, a caminar sin descanso en la perfección de nuestra existencia conforme a la suya, a nivel individual y comunitario.

La misma vida de Jesús, en su humanidad, asumida por el Verbo, es un continuo crecimiento, de plenitud en plenitud. Las palabras de Lucas: "Y Jesús iba progresando en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y ante los hombres" (2, 52), hay que tomarlas en su sentido obvio, porque Jesús, como Verbo, al aceptar meterse en nuestra historia humana, quiso correr con todas las consecuencias de hacerse uno de nosotros, menos en el pecado (Heb. 4, 15). "Crecía en gracia": "En amabilidad ante Dios y ante los hombres; incluye no sólo la santidad espiritual sino también el talante gracioso, el tacto, el encanto, el ser sencillamente atractivo. Jesús crecía en todos los aspectos: físico, intelectual, emocional, espiritualmente para la obra que debía realizar"⁸.

Su vida de unión con el Padre y su relación filial de amor y de obediencia, bajo el signo de una fe creciente a impulsos de la unción del Espíritu, es un profundo misterio que nos certifica su condición humana como la nuestra. Jesús es la manifestación vital, cada vez más esplendente de "Aquel que es" (2 Cor. 4, 4; Heb. 1, 3). Cristo es "el iniciador de la fe y quien la lleva a su ple-

nitud” (Heb. 12, 2) a través de una vivencia que el Espíritu suscita y hace crecer inefablemente, sin cesar.

Jesús nos anima a crecer en nuestra vida cristiana con la atractiva y estimulante exhortación a “ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt. 5, 48). Se trata de imitar a Dios. Increíble atrevimiento si no fuera recomendado por el mismo Jesús. Sin embargo, es lo más natural, lo único consecuente con nuestra realidad de hijos verdaderos de Dios.

Es una invitación al “*apogeo en el amor*”. “Esta reivindicación sobrepasa todo lo que podríamos pensar o hacer. El mismo Dios tiene que suscitar el estímulo que nos arrastre más lejos de lo que nosotros iríamos”. Se trata de una “conducta divina” que se halla dentro de las exigencias de nuestro Bautismo y de la ambición más profunda de nuestro ser: crecer, ser “más”, tocar a Dios en nuestra fragilidad y limitación humana. “El más excelso objetivo que se nos puede mostrar corresponde también a nuestro anhelo más íntimo: queremos la totalidad y lo más sublime. Y, sobre todo, no es un ideal ajeno al mundo, pero lo supera: ha de ser conseguido con la gracia de Dios. El amor de que tratamos, Dios lo ha “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Rom. 5, 5). Este amor, en su dinámica, se orienta invenciblemente a la vida. La vida de los santos manifiesta este amor”⁹.

Pablo insiste: “Viendo en la verdad, por la caridad, crezcamos en todos sentidos, emulando a Aquel que es la Cabeza, Cristo” (Ef. 4, 15). Es la conciencia profunda de haber aceptado lo esencialmente dinámico que es su “existencia en Cristo”: exigencia de crecimiento en El.

El hombre *es un ser destinado a crecer* desde una semilla ínfima. Es, pues, un ser que, permaneciendo siempre el mismo en su estructura de fondo, evoluciona y cambia sin cesar: es la misma persona que se encuentra desde la infancia a la senectud, pero dentro de una continua mutación progresiva...”. “Este desarrollo del hom-

bre no es puramente biológico, o sea, predeterminado (como el botón de una rosa que se abre según un esquema y unas condiciones previstas de antemano). El hombre, en cambio, debe *realizar por sí mismo* su propio desarrollo integral (cuerpo y alma), mediando la inteligencia y la voluntad. Es él quien debe realizarse, es decir, llegar a ser hombre en toda su perfección, crecer en plenitud de ser (...). La plenitud de que hablamos, *no es una plenitud cualquiera*, no es la de una naturaleza conclusa y encerrada en sí misma (...). Se trata de la única plenitud que puede convenir a un *ser libre* y que sobrepasa las leyes de la naturaleza *hacia un destino trascendente* en el cual cada persona humana debe encontrar su realización propia y singular. Y como quiera que la vida del hombre carece de sentido si no es por este perfeccionamiento o destino, este desenvolvimiento le es necesario. Y esta necesidad es lo que constituye justamente lo que llamamos *el deber moral*, deber de ser siempre más hombre y de serlo por sí mismo”¹⁰.

Cuanto hemos dicho en la cita nos da a conocer la naturaleza íntima del hombre. Esta, sólo toca su cima cuando entra en contacto con lo trascendente hacia donde se entra en contacto con lo trascendente hacia donde se halla orientada. Por eso, el Señor al estimularnos a crecer en El, no hace sino ahondar en nosotros mismos en cuanto creados para el diálogo con lo divino: participar en el ser mismo de Dios, entrar en relación filial con El y desplegar el dinamismo de esa vida divina en una existencia en todo semejante a la de Jesús.

En este sentido, los grupos de oración juegan un papel fundamental.

No olvidemos, sin embargo: “Solamente en la perfección escatológica llegará el hombre a reproducir perfectamente aquella imagen de Cristo que corresponde a su vocación personal. *Por eso la vida en Cristo es también,*

por su misma naturaleza, una vida hacia Cristo, una realidad dinámicamente tendida hacia el Cristo total"¹¹.

Resumimos lo dicho anteriormente con las palabras de Sullivan: "El grupo de oración desempeña una función importante sosteniendo en sus miembros 'la vida en el Espíritu'. La experiencia muestra que la perseverancia en esta 'marcha con el Señor' depende mucho de la participación sincera y cordial en las reuniones semanales de grupos de oración. Si el fin primario de estas reuniones es alabar al Señor por la oración y testimoniar su gracia, el segundo y no menos esencial es el desarrollo de la vida espiritual de los participantes. En estas reuniones es donde cada uno aprende 'según el carisma recibido' a ponerse al servicio de los unos a los otros, como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios" (1 Ped. 4, 10)¹².

3. Elementos en la Transformación y Crecimiento

3.1. El clima de alabanza

Debe ser valorado en toda su importancia: el clima denso de recogimiento, el ardiente deseo de comunicarse con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo; la alabanza y adoración que brota espontánea del fondo del ser elevada amorosamente al Señor... Es como un contagio bienhechor que invade toda la asamblea; la conforta, la anima a caminar todos unidos hacia Dios en una práctica, cada vez más purificada, de las exigencias del Bautismo.

3.2. *La fuerza dinámica de Cristo resucitado*

Jesús actúa suave y poderosamente en el ser de quienes se hallan injertados en El. Aprovecha discretamente esta situación favorable de paz, de amor y de entrega en que está sumergida la asamblea, para actuar en nosotros y hacernos crecer a su imagen. La honda amistad, el amor recíproco se expresa, de Cristo a nosotros, captándonos más y más para sí; envolviéndonos en su influjo, moldeándonos conforme a su vida y comportamiento. Es una experiencia que viven a diario quienes se aman profundamente. ¿Por qué vamos a ser incrédulos, cuando se trata del Señor que tan respetuosa y tenazmente quiere “cristificarnos” progresivamente? El nos remite a la gracia no a nuestra fuerza: “lo imposible para el hombre, no lo es para Dios” (Lc. 18, 27)¹³.

Jesús cumple su promesa. No es fácil describir la percepción de su presencia que, no pocas veces, reviste todas las características de ser algo realmente objetivo. Pero, aunque esta experiencia no se dé, El se halla presente y actuante. Prometió hacerse presente en medio de quienes se reunieran por causa de su Nombre, es decir de su Persona. Se recibe su promesa con fe y su obra en el interior de la asamblea orante, por su Espíritu, se manifiesta en proporción a la vitalidad con que se acepta. Los grupos de oración “se caracterizan por una fe llena de vida”¹⁴.

3.3. *El contacto vivo con la Palabra de Dios*

Ya se ha convertido en elemento indispensable dentro de las características de los grupos de alabanza. Es un fragmento de la Escritura elegido de acuerdo al ritmo de la oración o el movimiento del Espíritu en ella. Este

fragmento elegido va a servir como punto de apoyo para continuar la alabanza, pero, al mismo tiempo, se considera como un mensaje que “ahora” el Señor dirige a su comunidad. Se trata, por tanto, de ponerse en contacto directo con su Palabra.

Es ya clásica la fórmula del Vaticano II para expresar la veneración de la Iglesia a la Palabra de Dios y a la Eucaristía, y el puesto preferencial que ambos tienen en su vida: “La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra y del Cuerpo de Cristo (...). Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: “La Palabra de Dios es viva y enérgica” (Heb. 4, 12), “puede edificar y dar la herencia a todos los consagrados” (Hech. 20, 24; 1 Tes. 2, 13)¹⁵.

Este poder transformante y de crecimiento espiritual lo tiene la Palabra sagrada en sí, como expresión que es de la Persona misma del Señor y depositaria de su presencia.

El fiel que, sinceramente, se pone en contacto con ella no podrá menos de ser tocado por la fuerza del Espíritu que contiene. El asiduo meditar en la Palabra de Dios, el dejarse “cuestionar” por ella, a partir de la misma alabanza del Señor, el correr por nosotros estas ricas aguas de oro, irán depositando un sedimento de vida nueva. Si es “fuerza de Dios”, la Palabra nos transformará conforme a sus planes; si es “alimento espiritual”, nos hará crecer en Cristo Jesús.

Aquí, pues, tenemos otro secreto del gran poder de transformación y crecimiento que vive, como fuente siempre manante, en los grupos de oración, especialmente en el ámbito de la alabanza.

4. La comunidad de amor y de servicio

Es indispensable comenzar este apartado con la sabia orientación de Bert Ghezzi: “Las variadas reuniones que se dan en la renovación carismática pueden convertirse, fácilmente, en un fin en sí mismas. Un grupo de oración puede organizar un círculo de oración, un encuentro de servidores o dirigentes mensualmente, Seminarios de Vida en el Espíritu y otras numerosas reuniones dentro de unas complicadas estructuras sin vida. Las reuniones son importantes, pero se debilitan, pierden su valor cuando no están al servicio de un más alto fin que ellas mismas. El “amor” debe ser su propósito último: a él deben tender en última instancia. Los grupos de oración son circunstancias propicias que ayudan a los participantes a amar al Señor y a sus hermanos y hermanas. Las reuniones, de cualquier clase que sean y las peculiares actividades del grupo deben estar dirigidas de modo que faciliten al grupo el crecimiento en el amor. Los miembros de los grupos de oración no deben considerar nunca las reuniones simplemente como obligaciones, sino como oportunidades que se les proporcionan para desarrollar las relaciones personales (a ejemplo del Señor). Los dirigentes, por su parte, deberán tener una aguda visión sobre el conjunto de las reuniones del grupo y sobre sus actividades para estar seguros de que, no éstas como tales, sino el amor es el fin que, fundamentalmente, busca el grupo reunido”¹⁶.

Naturalmente, si el amor se entiende en la plenitud de su dinámica, tendrá su expresión en el “servicio” a los demás.

La capacidad de los grupos de oración para formar y acrecentar la comunidad se puede dar a diversos niveles y profundidades.

4.1. “Comunidad de amor”

Pudiera ser designado con la fórmula hoy tan conocida y rica: “*comunidad de amor*”:

“Dios desea revelar el misterio de la comunidad cristiana como nunca antes y los grupos de oración están enfocados hacia este misterio”. O’Connor lo describe con un acierto y unción admirables. Seguimos su pensamiento.

En las asambleas de oración se establecen los vínculos de amor que tienden a expresarse de modos diversos: el hecho de reunirse con la misma intención de alabanza introduce a los miembros en una situación peculiar de benevolencia y de aceptación que excluye la diferencia entre sí, aunque personalmente no se conozcan. Todos participan en las oraciones de todos, adhiriéndose a ellas interiormente; todos se unen en su interior a las peticiones de los demás o juntan sus voces discretas en el momento de la oración de alabanza común. Esta participación comunitaria va creando unos lazos que se extienden a lo humano. La dimensión esencial de la persona humana: relacionarse concorde y fraternalmente con sus semejantes, se encuentra puesta en una circunstancia que permite una expansión sana y gozosa. Los participantes en los círculos de oración llegan a amarse, aun en el plano humano, con una intensidad y pureza que antes no habían conocido. La honda experiencia de la realidad humana del amor, siempre a la espera de ser suscitado y de expresarse, puede convertirse en un riesgo cuando la inmadurez o la intención lo mantienen en este nivel sin intentar sobrepasarlo. Pero el peligro se va diluyendo a medida que se continúa en la participación de los grupos y la dimensión transformante de la alabanza entra en actividad y se intensifica. En los círculos de oración “salta la chispa de la genuina amistad entre quienes han dado con la verdadera comunidad en Cristo. El Espíritu de Jesús transforma los lazos ordinarios de amistad y les da nueva gracia y hermosura”¹⁷.

En los círculos de oración se insiste constantemente en el “amor” que se pretende entender en toda su profunda dimensión humana y evangélica. No se trata de “reuniones piadosas”. Son algo muy profundo, transformante y eficaz individual y comunitariamente. En su misma entraña lleva la orientación a crear la “comunidad de amor”. El amar y el obrar, son los acontecimientos fundamentales en la vida del hombre. Con Urs von Balthasar se puede afirmar: “Sólo el amor es digno de fe”¹⁸, la comunidad de amor entre los hermanos.

El “servicio” a los demás, como forma manifestativa de un amor verdadero y profundo, salta incontenible, cuando éste ha prendido en el alma; es como la descarga eléctrica entre la nube y la tierra. Desde la perspectiva evangélica podemos decir: naturalmente tenemos que servirnos en el Señor; pero: “debemos amarnos antes de estar listos para servir al Señor y a los demás”¹⁹.

Así sabremos situar debidamente los grupos de oración en alabanza: *Evitaremos que “se la identifique exclusivamente como un movimiento de oración; son comunidades de oración reunidas para vivir la vida de Jesús”*²⁰.

4.2. Comunidad de amor en plena realización

Hay un segundo nivel de la oración comunitaria: un estrato más hondo: es el “misterio de la comunidad cristiana de amor en plena realización”. Intentemos describir esta realidad tal como la percibimos.

Parece identificarse con el anterior. No es así. En el primero domina el amor humano, la relación de amor que se establece entre personas que conviven y participan de los mismos ideales, alaban y glorifican al Señor con idéntica motivación. Aquí es donde el segundo nivel comienza, se expansiona, se intensifica. “No se trata de

un don divino (a secas) ni de un producto de la humana naturaleza, sino de una combinación de lo divino con lo humano. Es el amor del hombre y el amor de Dios com-
penetrándose: el amor de Dios regenera el amor del hom-
bre, y éste sirve de vehículo al amor de Dios. La amis-
tad humana se ve sublimada, sirviendo al mismo tiempo,
de vehículo para la intimidad con Dios”²¹.

No es un espíritu de grupo, creado por medios psi-
cológicos, aunque éstos pueden intervenir como coopera-
dores. Es la bondad y santidad de Dios que se hace sen-
tir. Su amor parece hallarse en plena actividad y va su-
mergiendo discretamente a la comunidad en sus olas. Con
frecuencia los participantes, según su propia confesión,
perciben de un modo claro que un ser real y divino los
envuelve en un clima de amor hacia El y hacia los de-
más. No siempre se capta con la misma profundidad.

Todo este mundo nuevo de amor, de paz, de gozo
está muy lejos de ser producto de un mecanismo pareci-
do al que utilizan las llamadas “sesiones de sensibilidad”.
Este “mar de amor líquido”, como algunos intentan des-
cribir lo que perciben en su interior, es la obra del espí-
ritu que va formando, a pesar de nuestra resistencia e inh-
abilidad para dejarnos manejar, una comunidad de amor
entre los participantes en la oración comunitaria.

Esta vida en el amor que el Señor nos invita a se-
guir, dentro y fuera de la comunidad de oración, tiene
una seriedad que la aleja de todo sentimentalismo spi-
ritual. Por eso, tarde o temprano, en la intimidad de nues-
tro ser, tendrá lugar un doble fenómeno: percibir la em-
briagante dulzura del amor de Dios y del prójimo y una
lucha dramática entre el fascinante toque del Señor y las
raíces del mal que viven en nosotros.

Prevedemos que dar un “sí” pleno, dejarnos conducir
hacia la aventura del amor, nos pone en una situación,
embarazosa: nos sentimos “desarbolados y sin abrigo”; in-
tuimos nuestra radical incapacidad para amar en el modo
y en la medida que se nos pide: en la libertad, en la in-

tensidad, en la constancia y generosidad. Dios nos hace sentir que “el amor es lo decisivo” y nos urge discretamente a entrar por esa “novedad de vida” en la “totalidad del corazón”²².

Aquí es donde se acrecienta y profundiza este drama luminoso: al enfrentarse la llamada y la impotencia; el dejarse a sí mismo, la perpetua conversión con el anhelo de poseerse y de vivir para sí.

No es, sin más, un ambiente límpido que se respira, un gozo en el amor que se vive y se deja atrás sin complicaciones, una vez terminado el círculo de oración. El problema comienza desde el punto y hora en que uno se ha decidido a decir sí al Señor que nos invita a amar como El. Entonces caemos en la cuenta de que nos hemos ido más lejos de lo que sospechábamos; la aventura intrascendente del comienzo se va a convertir en un compromiso que da una vuelta de campana a toda nuestra vida. Nos aterramos de nuestra audacia y, quizá, deseamos regresar al punto de partida.

Pero en esos momentos o períodos de lucha, el Señor nos hace percibir que no hemos sido nosotros solamente los que aceptamos vivir en el amor, ni vamos a ser quienes realicemos la vida en el amor con nuestras solas fuerzas (1 Ped. 5, 10; Rom. 16, 25). El ha sido el inspirador; y El corre con la responsabilidad de remitirnos a la fuerza de su Espíritu, el Amor personal del Padre y del Hijo (Jn. 14, 16). Aquí comienzan a deshacerse, como el hielo expuesto a los rayos solares, las insuperables dificultades. La alegría y la confianza vuelven a irradiarse porque sentimos que el Espíritu va a conducirnos, progresivamente, hacia el Señor y hacia nuestros hermanos en un amor exigente, pero al alcance de su poder. *Ciertamente, la ascética de la Renovación carismática es ardua y crucificante, porque, sencillamente, es “evangélica”.* No hay error mayor, respecto de ella, que juzgarla como un conglomerado de cantos, de manos levantadas, de situaciones psicológicas... La espiritualidad carismáti-

ca es “medularmente” exigente: recordemos las diversas formulaciones de su fin: “Transformar toda la vida cristiana en Cristo”; “renovar toda la vida cristiana con la fuerza del Espíritu”; hacernos vivir en plenitud, con todas sus consecuencias, nuestro Bautismo...”. Y esto, en una comunidad de amor, que trata de realizar el mandato del Señor, imperativo, apremiante, irremplazable: “Amaos los unos a los otros como YO OS HE AMADO” (Jn. 15, 12). La comunidad realizada y vivida en el círculo de oración inicia y fortalece la comunidad de amor cotidiano.

4.3. *Comunión profunda y servicio sacrificado*

Un tercer nivel en la comunidad de amor y de servicio, a la vez, prolongación y consecuencia de la que se establece en los círculos de oración, es la que se vive en la vida ordinaria. También aquí pueden considerarse diversos aspectos:

a) Es una *comunión profunda*. Lo general de la expresión implica una variada e importante gama de virtudes humanas y divinas que pueden llegar a hacer de estas comunidades verdaderos “signos de amor” en un mundo profundamente individualista, tarado hasta la médula con el “desamor”²³. Esta “*comunión profunda*” significa: relaciones personales sinceras, respetuosas, confiadas; acogida benévola; capacidad de escuchar confidencias y de guardar el “secreto”; dar la palabra de aliento; compartir situaciones de gozo y de tristeza; saber valorar, apreciar y manifestar discretamente cuanto de positivo encontramos en nuestros hermanos; ser fácilmente accesible a las necesidades de todos, especialmente de quienes comparten nuestra comunidad... Y todo ello, no sólo brotado de la hermosa realidad de considerar toda la grandeza y dignidad de la persona humana; sino nacido de las raíces más profundas: de nuestra común inserción en

Cristo; de nuestra fraternidad como hijos del mismo Padre celestial; de haber llegado a ser, en la comunidad de la Iglesia, templos vivos del Espíritu Santo. En esta perspectiva la comunión profunda de amor, entre los "carismáticos" llevará a realizar la recomendación de Pablo a los filipenses: "Entonces, si hay un estímulo en Cristo y un aliento en el amor mutuo, si existe una solidaridad de espíritu y un cariño entrañable, hacedme feliz del todo y andad de acuerdo, teniendo un amor recíproco y un interés unánime por la unidad. En vez de obrar por egoísmo o presunción cada cual considere humildemente que los otros son superiores y nadie mire únicamente por lo suyo, sino también cada uno por lo de los demás" (Fil. 2, 1-4). Pablo no teme lanzarlos a imitar el anonadamiento de Cristo frente a los hermanos (Fil. 2, 5-11), ni a descubrirles toda la exigencia del amor cristiano (1 Cor. 13).

Esto es lo que pretenden realizar los cristianos que han llegado a captar la profundidad de la aventura espiritual en que, libremente se han "enrolado". Largo y doloroso proceso en el que sucumben quienes cuentan demasiado con el tiempo y mucho consigo mismos.

Creemos haberlo comprobado: Después de un período de iniciación y de convivencia fraternal en los grupos de oración, comienza a surgir una profunda, sincera, humana y espiritual atracción de unos hacia otros. Esto ni remotamente significa menor aprecio y marginación de quienes no pertenecen al grupo.

Esta atracción creada por el Espíritu establece lazos de unión que perduran y se manifiestan de modos diversos. Ya mencionamos algunos. Indicamos una que tan grata resulta para quienes la experimentan: de la sana amistad saltan espontáneas las expresiones externas: se saludan con auténtica alegría, con la sonrisa en los labios. Parecen decir en sus gestos: "Me alegro de encontrarme contigo". "Te amo en el Señor y te expreso mi afecto; no me eres indiferente; participamos de los mismos ideales y marchamos hacia el Señor en el amor. Si en algo puedo servirte, aquí estoy dispuesto".

Esta comunión profunda tiene una expresión que se da, sobre todo, en los círculos de oración, y que no deja de admirar a los visitantes: “Los ‘carismáticos’ se abrazan fraternalmente, sin barreras de raza ni de sexo, en el orden y el mayor respeto, como en una familia sana en la que se distingue el afecto del erotismo (...). Han dado nuevamente con una experiencia muy antigua que había estado codificada, estilizada, hieratizada en el ‘beso de paz’, reservado a los clérigos hasta el Concilio. Tal gesto no tiene sentido si no es dentro de una vida auténticamente fraternal”²⁴.

Se hace, por tanto, a nuestros hermanos objeto de fina acogida afectuosa y sincera, llena de atención y de interés verdadero por ellos y por sus problemas.

Se les obsequia con nuestros dones humanos: con la simpatía, con un trato lleno de amor en el Señor y de profunda consideración. Lo mejor de nosotros mismos es para ellos.

Pero todo esto, tan hermosamente humano se fundamenta en Cristo: “Amar al prójimo sin amar a Dios es un horizonte humanitario muy peligroso”²⁵. El amor al prójimo da una contestación desde lo más profundo de un corazón transformado.

b) *Comunión proyectada “hacia afuera”*: “La reunión de oración no es sino el Cuerpo de Cristo, la comunidad cristiana en oración. Esta comunidad ha sido enviada por el mismo Cristo para una misión, precisamente la misma que el Padre le encomendó a El: ‘Como el Padre me envió, así también Yo os envío’. La comunidad debe proyectar hacia afuera los frutos de su oración en un compromiso de vida total. Este será un fruto muy específico por el cual se juzgue la obra de Dios. Tal vez muchos grupos no ganan en profundidad en su oración misma y en la relación de uno para con otros precisamente por esta falta de compromiso con los más necesitados. *La falta de compromiso puede llevar el círculo a*

la muerte, mientras que un signo de crecimiento y profundidad de una reunión es la proyección apostólica de sus integrantes. Debemos aclarar, por otra parte, que no se trata de trabajar por trabajar, sino de trabajar en la viña del Señor (...). Lo esencial es comprometerse con el Señor, donde el Señor quiera y como el Señor quiera. Lo esencial no es hacer muchas cosas, sino la voluntad del Señor, la cual sólo se descubre en la oración y en los signos de los tiempos.

Seguramente el Señor quiere algo muy concreto y específico de los grupos de oración de la Iglesia. Estos grupos no están llamados a ser una clase especial o aislada de la gran comunidad eclesial; todo lo contrario, injertados dentro del tronco de la Iglesia, deben “ser un fermento de renovación” (Paulo VI al primer congreso de la Renovación carismática, 10.10.73). Esta “tiene una buena ocasión de mostrar la posibilidad de una síntesis entre la trascendencia y la inmanencia en el corazón de la Iglesia”²⁶.

c) *Una comunión de “servicio sacrificado”*: Hay un campo donde, especialmente, se expansiona el amor verdadero: en el servicio sacrificado. Se trata de un elemento esencial para construir una auténtica comunidad de amor. Existe, como fundamento, una aceptación de la persona, por su valor y dignidad; por las realidades humanas y divinas que piden hacerlo. Cuando esta aceptación en amor es verdadera, la persona se siente dignificada, y, no pocas veces, los complejos y traumas internos comienzan a cicatrizar. Este es uno de los secretos del misterioso atractivo de los grupos de oración: sentirse como en familia; percibir que uno es sinceramente acogido, apreciado, amado en el Señor fraternalmente. La terrible plaga de soledad que hoy vive nuestro mundo tiene aquí la puerta fuertemente trancada. La conciencia del ser humano de los demás, el amor de Cristo arraigado en el corazón, llevan por sus pasos, bajo la guía del Espíritu, a aceptar, querer y servir a los demás.

Este es un aspecto fundamental de la comunidad de amor: el “servicio”: No es sólo el interés por la persona, la acogida fraterna afectuosa; es, sobre todo, el amor que se expansiona en el servicio amoroso y sacrificado. Se sirven alentándose, interesándose unos por otros, juntándose para orar u orando privadamente por las necesidades de los demás; visitándose, sobre todo, en la enfermedad y cuando algún problema los agobia, para compartir su situación de sufrimiento; prestando su persona si necesitan ser ayudados, adelantándose, a lo que de ellos pudieran necesitar; aun socorriéndose en sus necesidades económicas... Ciertamente, es una “novedad” que no siempre se realiza. Nadie pensará que automáticamente, de un golpe de sorpresa se llega a este ideal. Ni siquiera se cumple en toda su exigencia a lo largo de años gastados en la entrega al Señor y a los demás. Los cristianos que han madurado en el Espíritu son conscientes de ser largo y arduo el camino. Reconocen sus infidelidades a la gracia; los obstáculos que plantean en la ruta hacia la comunidad de amor y de servicio. Es una “novedad” que no siempre, ni por todos, ni perfectamente se realiza. Pero se pretende ir convirtiéndola en vida. Son muchos los resentimientos que habrán tenido que caer, los perdones otorgados, las repugnancias que deberán ser vencidas... Se trata de una empresa más allá de las fuerzas humanas. Pero también aquí es el poder de Cristo resucitado quien, en su Espíritu, se halla, afanosamente, a la obra.

Cuanto hemos dicho sobre los aspectos diversos de la “comunidad de amor y de servicio” no se limita a los pertenecientes al grupo de oración. Desean evitar convertirse en grupos “cerrados”. Nada más peligroso. Pretenden prodigar su amor y su servicio a cuantos puedan. El amor de Cristo no es exclusivista. Nadie, pensamos, verá mal que tengan preferencias razonables con los pertenecientes al mismo grupo de oración. La caridad es universal, pero tienen un orden; se dan en ella diversos niveles de afecto y de práctica.

Los círculos de oración, no deben ser considerados como grupos de personas piadosas que se reúnen para algo tan laudable: alabar, alabar al Señor. Esta oración comunitaria, tiene una proyección muy amplia y muy honda. Se dirige nada menos, que a renovar toda la vida cristiana en la Iglesia. Esto se facilitará con la formación de comunidades de amor y de servicio, en las que se vivirán las exigencias del Bautismo. No tienen en cuenta solamente el aspecto sobrenatural. Están lejos de ser grupos “espiritualistas” desencarnados de las realidades temporales.

Pretenden armonizar todo lo hecho por el Señor. Nada desdeñan porque todo es obra de salvación. Ponen de relieve peculiaridades casi olvidadas, pero se insertan en la grande y hermosa tradición eclesial; de un modo peculiar, quieren vivir la realidad de que cuentan con el poder del Espíritu de Cristo para la empresa en que se han embarcado, mejor, han sido suscitados por Dios. Desean, piden, ejercitan con humildad los carismas, no a título de privilegio, sino para el fortalecimiento de la comunidad. En su fe sencilla son, en su mayor parte, sensatamente atrevidos y piden con una confianza filial que Dios se manifieste con curaciones, físicas e interiores, por el nombre de Jesús. *Pero están conscientes de que su mayor interés ha de ponerse en ser fieles al Espíritu*, para bien propio y de la Iglesia de Cristo, a cuya Jerarquía, quieren amar filialmente y desean obedecer con espíritu de amor.

No podemos olvidar que la constitución familiar de nuestro país ofrece una oportunidad especialmente apta para formar comunidades de amor, tal como el Señor las desea, a partir de ese núcleo primordial. En modo alguno deberán tener un patrón común. Las modalidades de las naciones, regiones y pueblos; las necesidades, aptitudes, capacidades y vocaciones peculiares habrán de ser tenidas en cuenta. Dentro de obvias diferencias secundarias, coincidirán en los rasgos esenciales.

Terminamos: “En la edificación que hemos levantado, el Señor es nuestra casa y el Señor mismo es el maestro constructor. Nuestra obra es colaborar gozosamente construyendo con El”²⁷ y uno de los modos más eficaces es, sin duda, los grupos de oración en su alabanza hecha con fe viva, constancia indeficiente y amor abnegado.

Pero hemos de cuidar diligentemente de que éstos no se conviertan en un fin en sí mismos: “Los grupos de oración (...) solamente tienen valor cuando sirven para hacernos crecer en el amor de Dios y del prójimo”²⁸.

V

FUNDAMENTO BIBLICO

La oración carismática grupal es un verdadero redescubrimiento de nuestros días; es un llamado a transformar al individuo, la comunidad y aun el mundo entero, mucho más profundamente de lo que podría sospecharse, de atender sola o principalmente a las manifestaciones externas.

No se encuentran vestigios en las reuniones sinagogaes del Antiguo Testamento ni del Nuevo, que puedan considerarse como predecesores de los auténticos grupos de oración de hoy.

Sin embargo, los datos que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles (Hech. 2, 42-44) y la Primera Carta de san Pablo a los Corintios (cc. 11-14) nos aseguran de que, ya entonces, se practicaba la oración comunitaria en una forma sustancialmente coincidente con la que hoy se practica por todo el ancho mundo de la Iglesia.

1. Las Primitivas Comunidades Eclesiales

Los grupos de oración no tienen su origen en una feliz ocurrencia de alguien; ni siquiera de un primordial soplo del Espíritu, reservado para nuestros días. Tienen su punto de partida en las primitivas comunidades guiadas por los Apóstoles, bajo la inspiración y moción del Espíritu de Cristo.

Pues bien, el Señor mismo ha estado a la obra para redescubrirnos un modo tan arraigado en la tradición primitiva en la Iglesia y que tan fuertemente responde a los anhelos de intercomunicación social de nuestro mundo: la búsqueda de una comunión íntima; el deseo de una experiencia sana comunitaria del Señor¹.

En la oración comunitaria de las primitivas comunidades, hay rasgos tan acusados, que se pueden enumerar distintamente. No coinciden con las características a que antes nos referíamos: éstas constituyen la estructuración; aquellos, el espíritu. Sustancialmente, se asemejan a los que personalizan los grupos de oración, dentro de la Renovación carismática:

1. El encuentro con la persona del Señor Resucitado “se convierte en fuente de oración para la iglesia primitiva”. Este es el clima vivencial y acaparador que matiza la oración comunitaria de las primitivas comunidades. Podría desglosarse en diversas realidades que marcan tan profunda y peculiarmente su oración.

2. La incondicional confianza en la bondad y en la omnipotencia del Padre celestial. De tal manera se impuso —afirma Sudbroak— que en los primeros decenios la “certeza de ser escuchado” nunca parece haber llegado a ser problema².

El encuentro vivo con el Señor resucitado, se convirtió en el lugar de la oración. No es solamente la fuente inspiradora, la energía que sostiene al cristiano orante, es, sobre todo, el medio de la oración; es decir el lugar invisible, pero real en el que cuantos oran se entregan a la alabanza. Oran en el Señor resucitado; El es el templo vivo en el que adoran al Padre “en espíritu y verdad” (Jn. 4, 23). San Pablo lo formula con la expresión ya clásica de “por Cristo”. Puesto en otra equivalente: “los cristianos oran en el Neuma (Espíritu) de Cristo que es la presencia del Señor”. El Espíritu ora con nosotros y los cristianos oramos en El. El clama en nosotros “¡Abba!, Padre” (Rom. 8, 15; Gál. 4, 6).

3. La certeza de ser escuchados, tenía su punto de apoyo, no sólo en la promesa eficaz de Cristo (Mt. 6, 9ss; Mc. 14, 36-37; Lc. 11, 9-13; Jn. 15, 7; etc.), sino también en la expectación de la vuelta del Señor: el anhelo por el retorno de Aquel a quien amaban tan entrañablemente: ¡Ven, Señor Jesús! (1 Cor. 16, 22; Apoc. 22; 20). Esta exclamación es el eco de la predicación del Señor acerca del Reino que se identifica, sobre todo, con El mismo. El deseo vehemente de ver realizado lo que el Señor inspira a su corazón: el Reino plenamente establecido en sí y en el mundo, la posesión total del Señor resucitado brota pujante de un amor purificado en la prueba, les hace gemir y confiar a la vez que serán liberados, para estar "ya siempre con El" (Fil. 1, 23). Para ellos parece no tener sentido la fe en el poder y el amor de Jesús y la duda de obtener de El cuanto le pidan.

Por eso el centro irremplazable de la oración de las primitivas comunidades cristianas es la persona de Cristo. En este ambiente y lugar común de la oración, realizada en el Espíritu y con el Espíritu, se da esa triple dimensión de la oración de los primeros grupos cristianos.

2. La comunidad de Corinto

El tema rebasa ampliamente nuestro objetivo. Nos limitamos, por tanto, a indicaciones que aclaren el punto a que deseamos referirnos. En la primera carta, el bloque que más directamente nos interesa va del capítulo 11 al 14. En ellos hay dos apartados principales: El comportamiento en las asambleas litúrgicas (11, 2-34); y los carismas en la Iglesia (12, 1-14, 40).

A lo largo de toda su doctrina y exhortaciones prácticas, podemos extraer lo que interesa a nuestro fin:

Los corintios tienen asambleas litúrgicas comunitarias. Fundamentalmente se desarrollan en la alabanza.

Cuando Pablo habla de “orar” y de “hablar en nombre del Señor” (11, 4-5), alude a prácticas de las asambleas comunitarias. Estas comenzaban por la oración (11, 4). Se enfocaba hacia un tipo ya fijo y variaba de acuerdo a las normas de la tradición.

“Contenía alabanzas y acciones de gracias que los profetas improvisaban bajo la inspiración del Espíritu Santo”³ (1 Cor. 14, 26). La parte central de la reunión era la Cena Eucarística (11, 23-25).

· Hasta aquí el apóstol se refiere fundamentalmente a la Eucaristía; en ella los corintios habían introducido innovaciones que obstaculizaban el verdadero progreso espiritual: las facciones en que se encontraban envueltos llegaban hasta la comida litúrgica. Olvidaban que la Cena es la “comida del Señor” en la que El había reunido a sus apóstoles y distribuido el mismo pan y el mismo cáliz. Las faltas de caridad abundaban y cobraban seriedad especial, puesto que se cometían en la misma “Cena del Señor”. Mas Pablo no los condena a todos en bloque. Reconoce sus errores. Trata de poner las cosas en orden; de que se manifieste la sólida virtud de los cristianos y la Cena se celebre con dignidad y amor.

Pasa, seguidamente, a los carismas de los que había abusado la comunidad de Corinto. Lo importante es constatar que estos dones estaban vigentes y crecían en las reuniones litúrgicas. Parece que, en aquellos, prevalecía la oración de alabanza y de acción de gracias litúrgicas o extralitúrgicas.

Lo que el apóstol les escribe, a partir del capítulo 14, verso 26 al 40, son instrucciones tan llenas de sentido que bien pueden tenerse en cuenta en los grupos de oración actuales. Los criterios de Pablo se reducen a pocos, pero valiosísimos. Todo se hará dentro del orden si se quiere mantener la reunión en las puras tradiciones cristianas.

No multiplica los criterios, pero los que señala son certeros y prácticos: El primero es el de la “fe”: ésta es quien, en última instancia, juzga del valor de las experiencias religiosas: El Espíritu Santo no produce nada que no sea razonable según Dios; que no vaya en el sentido de la vida cristiana y no perfeccione esta virtud⁴ (Rom. 12, 6; Jn. 14, 26).

El criterio de unidad: En el cristianismo, es Dios personal quien impone el sello de la unidad. El es la fuente de todas las manifestaciones espirituales. Los carismas provienen de un manantial único que tiende a la unidad; que construye la caridad y edifica la Iglesia.

Por más incompleto que sea el resumen ofrecido, nos parece que, sustancialmente, coinciden las reuniones de oración de la comunidad de Corinto con los grupos de oración que se multiplican hoy día. Debemos acentuar el adverbio “sustancialmente”. Con esto queda amplio margen a las diferencias y modalidades accidentales.

3. La Promesa de Jesucristo

Es Mateo quien nos dice escuetamente y con acento de autoridad firme y alentador: “Porque donde están dos o tres reunidos por razón de mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18, 20).

La promesa, tan sencillamente formulada, no deja de ser exorbitante: El grupo, por pequeño que sea, dos o tres, estará asistido por la presencia del Señor. Promete hacerse presente entre ellos, si realmente se juntan *por razón de su nombre*. Es el mismo Jesús resucitado y glorificado quien está tan inmensamente cerca y tan eficazmente actuante en los suyos, como antes vivió, siendo, en la infinitud de su divinidad, “un hombre entre los hombres”.

Al condicionar Jesús su presencia entre los suyos a la reunión “por razón de su nombre”, está manifestando indirectamente su deseo: que la comunidad, entre ellos, se funde en la fe y proclamación de El, Jesús, el Mesías. Esta es la fuerza que los aglutina. Cualquiera otra intención que desvíe o deje en segundo plano esta proclamación de Jesús, como Señor y Salvador, aleja o resta eficacia a la fuerza de su presencia.

La palabra que Jesús recalca: *en su nombre*, hay que entenderla en el rico significado que encierra. En ella alude a toda la existencia y ser de El, que lo formula. Habría, por tanto, que traducirlo por expresiones equivalentes a éstas: La vida del cristiano será al estilo de la de Cristo; la vida cristiana, vivida en el amor o comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu. La vida cristiana que se expresa en las diversas manifestaciones de un amor total y universal a imitación de la de Cristo Jesús. Es dar cuerpo, realizar concretamente la proclamación de Jesús como Señor y Salvador de quienes se juntan con una misma intención.

Si están congregados en su nombre, por la persona misma de Jesús, “entonces El se hace presente de una forma verdadera y real”. La confesión común, en cierto modo, le insta a estar presente y actuar en su esencial dinámica de amor dentro de la comunidad reunida.

El Comentario Bíblico de San Jerónimo nos asegura sobre la referencia del texto, también respecto de los grupos menores; no solamente la comunidad eclesial total es la privilegiada: “Este dicho (de san Mateo), afirma la eficacia de la oración comunitaria de la Iglesia, pero oración comunitaria no significa la oración de la Iglesia entera. Aun dos o tres forman una asamblea donde se ofrece la oración de la Iglesia”.

“La razón de esta eficacia es que Jesús mismo se halla presente en cualquier comunidad de cristianos (reunidos por causa de su nombre); y dos o tres, por reducido que parezca este número, forman una comunidad”⁵.

Este fundamento escriturístico, nos lleva a la íntima unión que existe entre la Iglesia total y los grupos de oración reunidos “por razón del nombre de Jesús”, como pequeñas comunidades eclesiales. Es el mismo Jesús quien ahora se hace presente en la comunidad reducida y en la Iglesia.

En los grupos de oración, unidos todos y cada uno de sus miembros en Cristo por el Espíritu y congregados por causa de su nombre, El es reconocido explícitamente como Señor y Salvador por los “carismáticos”. Nada hay que tanto se repita, como una melodía siempre retornante y siempre, incansablemente, agradable. Los grupos de oración vienen a ser la expresión jubilosa de esta gran verdad de la unión de los cristianos con Cristo y entre sí. Por eso, aunque congregados extraoficialmente, en su nombre, para adorarlo por la alabanza, goza también del Espíritu que los ha unido en amor para bendecir al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo. El va a realizar en esta pequeña porción de la Iglesia, que, de algún modo, representa a la Iglesia universal, la misión confiada por Cristo mismo⁶.

Por eso El es quien invisible, pero realmente, dirige la oración por su Espíritu. En el grupo de alabanza Cristo resucitado sigue comunicando su vida a quienes forman su cuerpo. Los une, por su Espíritu, para constituirlos en unidad, que imita la que El tiene y vive con las demás personas de la Trinidad. El, por su Espíritu, los va confortando y los incorpora vitalmente a sus misterios y a su vida de obediencia y amor al Padre. Así realiza en los grupos de oración, progresivamente, su plan de salvación para la comunidad orante y para cada uno de los que en ella participan.

NOTAS:

CAPITULO PRIMERO:

- ¹ V. M. Walsh, *A Key to Charismatic Renewal in the Catholic Church*, St. Meinard, 1976, 193.
- ² W. Smet, *Yo hago un mundo nuevo*, Edit. Roma, Barcelona, 1975, 163.
- ³ M. Casanova, *Las reuniones de oración, en: La oración hoy*, Mensajero, 1977, 230-231.
- ⁴ C. Granado, *La Renovación carismática y los grupos de oración*, Manresa, oct.-nov., 1976, 323-324.
- ⁵ F. A. Sullivan, *La Renovación carismática*, Progressio, sept., n. 5, (1975), 12.

CAPITULO SEGUNDO:

- ¹ C. Granado, *La Renovación carismática en la Iglesia católica, en: La oración hoy*, 245.
- ² E. O'Connor, *La Renovación carismática*, Lesser Pres, 1974, 103.
- ³ J. Cavnar, *Participating in Prayer Meetings*, Ann Arbor, 1974.
- ⁴ M. Casanova, a.c., 224.
- ⁵ M. Casanova, a.c., 230.
- ⁶ W. Smet, o.c., 163.
- ⁷ W. Smet, o.c., 165.
- ⁸ H. Mühlen, *Espíritu, Carisma, Liberación, Secretariado Trinitario*, Salamanca, 1976, 68.
- ⁹ E. O'Connor, o.c., 102.
- ¹⁰ W. Smet, o.c., 163-164.
- ¹¹ E. O'Connor, o.c., 102.
- ¹² J. Kodell, *The Prayer within Us*, New Covenant, January, 1977, 29.
- ¹³ H. Mühlen, o.c., 68-69.
- ¹⁴ J. Byrne, *The threshold of God Promise*, 1974, 57.
- ¹⁵ W. Smet, o.c., 173.
- ¹⁶ J. Cavnar, *Evangelización en los círculos de oración*, Alabaré, n. 14, 13.
- ¹⁷ Bert Ghezzi, *Brother Love: The Prayer Groups*, New Covenant, January, 1976, 25.
- ¹⁸ Bert Ghezzi, *Participating in Prayer Meetings*, New Covenant, 1975, 47.

CAPITULO TERCERO:

- ¹ S. Tugwell, *Did you receive the Holy Spirit?*, Darton, London, 1973, 24.
- ² A. Hamman, *Liturgia, oración y familia en los tres primeros siglos del Cristianismo*, Selección de Teología, n. 63 (1977), 193-194.

CAPITULO CUARTO:

- ¹ H. de Lubac, *Por los caminos de Dios*, Edic. Carlos Lohle, Buenos Aires, 1962, 99ss.

- ² H. Irala, *Círculos de oración*, Publicaciones Nueva Vida, Aguas Buenas, Puerto Rico, 1975, 49.
- ³ Bert Ghezzi, *Prayer Groups; Source of spiritual Renewal*, New Covenant, February, 1976, 5.
- ⁴ M. R. Carothers, *De la prisión a la alabanza*, Miami, 1970, 95-96.
- ⁵ Colloque de Malines, 6. Citado frecuentemente en otros opúsculos, merece ser leído por cuantos tratan de tener una visión global teológica de la Renovación en el Espíritu Santo dentro de la Iglesia Católica.
- ⁶ Colloque de Malines, 6.
- ⁷ Bert Ghezzi, *Prayer Groups*, 5.
- ⁸ S. Sthlmüller, *The Gospel according to Luke; The Jerome Biblical Commentary*, 126.
- ⁹ W. Trilling, *El Evangelio según San Mateo*, Herder, Barcelona, 1970, I, 141.
- ¹⁰ J. M. Aubert, *Moral social para nuestro tiempo*, Herder, Barcelona, 1973, 26.
- ¹¹ J. M. Aubert, o.c., (Passim).
- ¹² F. A. Sullivan, *La Renovación carismática católica*, Progressio, sept. 1975, n. 5, 8-12.
- ¹³ González Faus, *La Nueva Humanidad*, Eapsa, etc. 1974, I, 68.
- ¹⁴ E. O'Connor, o.c., 108.
- ¹⁵ *Constitución sobre la Sagrada Escritura*, (Dei Verbum), n. 21.
- ¹⁶ Bert Ghezzi, *Brother Love; The Prayer Groups Priority*, New Covenant, April, 1976, 23.
- ¹⁷ E. O'Connor, o.c., 108.
- ¹⁸ H. Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca, 1971.
- ¹⁹ R. Keller, *Relationships among Leaders*, New Covenant, nov., 1976, 14.
- ²⁰ J. Custeau, Alabaré, n. 15, (1976), 12.
- ²¹ E. O'Connor, o.c., 109.
- ²² González Faus, o.c., 70.
- ²³ H. Urs von Balthasar, o.c., 61ss.
- ²⁴ R. Laurentin, *¿Pentecotismo chez les Catholiques?*, Beauchesne, París, 1974, 38.
- ²⁵ A. Läple, *El anuncio de Cristo en el ciclo evangélico*, Edic. Paulinas, Madrid, 1970, 189-190.
- ²⁶ Mons. López Trujillo, *L'Osservatore Romano*, nov. 1977, 27.
- ²⁷ Bert Ghezzi, *Build with the Lord*, Ann Arbor, 1976, 119.
- ²⁸ T. Forrest, *Cassetts*.

CAPITULO QUINTO:

- ¹ J. M. Aubert, *Moral social para nuestro tiempo*, Herder, Barcelona, 1973, 32 ss.
- ² J. Sudbrook, "Oración", en: *Sacramentum mundi*, 5, col. 5.
- ³ L. Cerfeaux, *Une Eglise Charismatique: Corinthe*, Du Cerf, París, 1975, 74.
- ⁴ E. Walter, *La Primera carta a los Corintios*, Herder, Barcelona, 1971, 197.
- ⁵ J. L. Mackenzie, *The Gospel according Mathew, The Jerome Biblical Commentary*, col. 95.
- ⁶ V. M. Walsh, o.c., cap. 12 y 13.

INDICE

Introducción	5
--------------------	---

I LOS GRUPOS DE ORACION

Testimonio	7
1. El grupo de oración	8
2. La alabanza	8

II CUALIDADES

Testimonio	13
1. Una oración carismática	14
2. Una oración comunitaria	15
3. Una oración trinitaria	17
3.1. Alabanza al Padre	17
3.2. Oración por Cristo	19
3.3. Oración en el Espíritu Santo	20
4. Una oración sencilla, espontánea, libre, íntima	21
4.1. Oración sencilla	21
4.2. Oración espontánea	22
4.3. Oración libre	25
4.4. Oración íntima	26
5. Una oración llena de amor, de paz, de alegría	28
6. Una oración "en el orden"	32

III PREPARACION PARA LA ORACION

1. Preparación remota	37
2. Preparación próxima	40
2.1. Dejarse captar por el ambiente exterior	40
2.2. Dejarse captar por el ambiente interior	41
2.3. Dejarse captar, sobre todo, por el Señor	42

IV FRUTOS DE LOS GRUPOS DE ORACION

Testimonios	45
1. Transformación de nuestra vida en Cristo	46
2. El crecimiento en Cristo	49
3. Elementos en la Transformación y Crecimiento	53
3.1. El clima de alabanza	53
3.2. La fuerza dinámica de Cristo resucitado	54
3.3. El contacto vivo con la Palabra de Dios	54
4. La comunidad de amor y de servicio	56
4.1. "Comunidad de amor"	57
4.2. Comunidad de amor en plena realización	58
4.3. Comunión profunda y servicio sacrificado	61

V FUNDAMENTO BIBLICO

1. Las Primitivas Comunidades Eclesiales	69
2. La comunidad de Corinto	71
3. La Promesa de Jesucristo	73

Colección
PLENITUD

1. **¡Dios mío, necesito algo!**, P. George de Prizio, c.s.c.
2. **El Carisma del discernimiento**, Jacques Custeau, s.j.
3. **Buscando salud**, Carlos Aldunate, s.j.
4. **El crecimiento**, Mons. Carlos Talavera
5. **Alabanza comunitaria**, Benigno Juanes, s.j.
6. **Orar en lenguas**, Benigno Juanes, s.j.